

Puerquitos morados

Marta Alcocer



Historia de lo que fue

María Baranda



Ojo por ojo

Ana Díaz Sesma



Un día de furia

Javier Malpica





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: *Gustavo Anzaldo Hernández*
Consejeros electorales: *Fernando José Díaz Naranjo*
Ángel Rafael Díaz Ortiz
Carla A. Humphrey Jordan
Yolanda C. León Manríquez
Néstor Vargas Solano
Beatriz Claudia Zavala Pérez
Secretario ejecutivo: *Bernardo Valle Monroy*

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: <i>Juan Dueñas Morales</i> Suplente: <i>Elsy Lilian Romero Contreras</i>
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: <i>Marco Antonio Michel Díaz</i> Suplente: <i>Enrique Álvarez Raya</i>
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: <i>Miguel Ángel Vásquez Reyes</i> Suplente: <i>José Antonio Alemán García</i>
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario: <i>Ernesto Villarreal Cantú</i> Suplente: <i>Óscar Francisco Coronado Pastrana</i>
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietaria: <i>Zuly Feria Valencia</i> Suplente: <i>Samuel Rodríguez Torres</i>
CONVERGENCIA	Propietario: <i>Óscar Octavio Moguel Ballado</i> Suplente: <i>Hugo Mauricio Calderón Arriaga</i>
NUEVA ALIANZA	Propietaria: <i>Herandeny Sánchez Saucedo</i> Suplente: <i>Jorge Hernández Morales</i>

DIPUTADOS INTEGRANTES DE LOS GRUPOS PARLAMENTARIOS CON REPRESENTACIÓN EN LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DEL DISTRITO FEDERAL

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL	Propietario: <i>Mauricio Tabe Echartea</i> Suplente: <i>Fernando Rodríguez Doval</i>
PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL	Propietario: <i>Emiliano Aguilar Esquivel</i> Suplente: <i>Alicia Virginia Téllez Sánchez</i>
PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA	Propietario: <i>Armando Jiménez Hernández</i> Suplente: <i>Víctor Hugo Romo Guerra</i>
PARTIDO DEL TRABAJO	Propietario: <i>José Alberto Benavides Castañeda</i> Suplente: <i>Juan Pablo Pérez Mejía</i>
PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO	Propietario: <i>Raúl Antonio Nava Vega</i> Suplente: <i>Norberto Ascencio Solís Cruz</i>

Puerquitos morados

Marta Alcocer

9



Historia de lo que fue

María Baranda

27



Ojo por ojo

Ana Díaz Sesma

51



Un día de furia

Javier Malpica

67

COMISIÓN DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

PRESIDENTA

Consejera electoral *Carla A. Humphrey Jordan*

INTEGRANTES

Consejero electoral *Fernando José Díaz Naranjo*

Consejero electoral *Ángel Rafael Díaz Ortiz*

REPRESENTANTES DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS

Partido Acción Nacional: *Juan Dueñas Morales* (propietario), *Elsy Lilian Romero Contreras* (suplente) • Partido Revolucionario Institucional: *Marco Antonio Michel Díaz* (propietario), *Enrique Álvarez Raya* (suplente) • Partido de la Revolución Democrática: *Miguel Ángel Vásquez Reyes* (propietario), *José Antonio Alemán García* (suplente) • Partido del Trabajo: *Ernesto Villarreal Cantú* (propietario), *Óscar Francisco Coronado Pastrana* (suplente) • Partido Verde Ecologista de México: *Zuly Feria Valencia* (propietaria), *Samuel Rodríguez Torres* (suplente) • Convergencia: *Óscar Octavio Moguel Ballado* (propietario), *Hugo Mauricio Calderón Arriaga* (suplente) • Nueva Alianza: *Herandeny Sánchez Saucedo* (propietaria), *Jorge Hernández Morales* (suplente).

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE CAPACITACIÓN ELECTORAL Y EDUCACIÓN CÍVICA

Raúl Ricardo Zúñiga Silva, director ejecutivo

Coordinación editorial: *María Ortega Robles*, coordinadora editorial

Coordinación de producción: *José Luis García Torres Pineda*, jefe del Departamento de Producción

Corrección de estilo: *Susana Garaiz Flores*, analista correctora de estilo

Formación e ilustración: *Kythzia Cañas Villamar*, analista diseñadora

Autores: *Marta Alcocer*, *María Baranda*, *Ana Díaz Sesma*, *Javier Malpica*

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan

14386 México, D.F.

www.iedf.org.mx

Primera edición, octubre de 2011

ISBN: 968-5505-49-7 (colección)

ISBN: 978-607-7989-07-3

Hecho en México

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-7989-35-6

PRESENTACIÓN

La democracia, entendida en su expresión más amplia, es decir, como una forma de vida, constituye un modelo que pretende hacer posible la convivencia pacífica, incluyente y pluralista en una comunidad. De este modo, en la base del concepto subyace una forma de organización social en libertad, capaz de garantizar a todos el goce y ejercicio de sus derechos humanos. La inseguridad, la violencia y el temor representan lo opuesto: aíslan, impiden la participación e inhiben el libre ejercicio de los derechos de ciudadanos, jóvenes o niños. La violencia es, pues, antidemocrática; amenaza la libertad y el miedo que provoca impide que los ciudadanos se reúnan, colaboren y participen en los asuntos públicos. No cabe duda de que en sus expresiones más crudas puede limitar

gravemente los derechos más fundamentales. La violencia niega la democracia. Esto preocupa al Instituto Electoral del Distrito Federal; dicha preocupación motiva la publicación de este volumen de la Colección Abriendo Brecha.

El tema de los cuatro cuentos que se presentan a continuación es la violencia; las múltiples formas, manifestaciones y facetas en las que ésta amenaza la paz, la tranquilidad y la convivencia en el contexto democrático. Ya sea como uso deliberado de la fuerza, como amenaza o, vista por sus resultados, como daño psicológico o como un límite para el desarrollo de la personalidad, la violencia debe ser identificada y prevenida desde el ámbito familiar. Uno de los mayores riesgos en fenómenos de este tipo es que existen muchas manifestaciones que, pese a ser *estructural y funcionalmente* violentas, no son reconocidas como tales; aparecen como “normales” y es precisamente esa “normalidad” la que impide que sean repelidas, criticadas y prevenidas con la contundencia requerida.

De esta manera, el rechazo a quien piensa, vive y siente de manera distinta puede ser una expresión subrepticia de la violencia; ésta puede

expresarse en fuerzas que aíslan o en la crítica mordaz, antes que mediante golpes. Así ocurre en *Puerquitos Morados*, de Marta Alcocer. Este cuento nos presenta a Eva, una joven que se inconforma contra la exigencia de ser o parecer normal. Eva padece la intolerancia y, ante la falta de diálogo y de medios para expresarse, su rebeldía se vuelve cada vez más radical. El texto guarda emociones complejas y profundas; su final aguarda al lector con una posible cura para esos males.

En *Historia de lo que fue*, María Baranda describe el proceso callado en el que la violencia puede escalar desde las agresiones verbales a las físicas. Para los jóvenes ser aceptado es un valor; no obstante, como deja claro la autora, éste no debe ser obtenido a toda costa. Los actos irreflexivos acarrearán consecuencias capaces de afectar y destruir el futuro de cualquier joven. En este tenor, esta historia destaca la idea de responsabilidad.

El círculo de la violencia, por otra parte, es difícil de romper. Así lo demuestra Ana Díaz Sesma en *Ojo por ojo*. En este cuento, la autora retrata a una familia en la que el abuelo maltrató a

la madre, la madre maltrata al hijo mayor, el hijo mayor maltrata al hermano menor... es decir, la violencia es causa y efecto; origen y resultado en un entorno familiar y social viciado. La autora pretende prevenir al lector y desenmascarar así la terrible “normalidad” de un espacio familiar en el que la paz no prevalece.

En el mismo sentido, Javier Malpica acentúa cómo progresan los efectos de la violencia: en un proceso de escalada siempre creciente. Así, cada agresión produce otra más grave... Al final, todas repercuten con consecuencias insospechadas y aterradoras. Este cuadro despierta la conciencia y subraya lo importante que es detener la violencia a tiempo.

Democracia y paz constituyen parte de un binomio inseparable; una sociedad violenta no puede vivir en democracia ni aspirar a perdurar en un contexto libre. Reflexionar y actuar en pro de una cultura de la paz es deber de cada uno de nosotros.

CARLA A. HUMPHREY JORDAN
Consejera electoral, presidenta de la Comisión
de Capacitación Electoral y Educación Cívica

Puerquitos morados

Marta Alcocer

Marta Alcocer es licenciada en Ciencias y Técnicas de Información, con estudios completos de la Maestría en Comunicación y Desarrollo por la Universidad Iberoamericana. Además de dedicarse a la investigación social, escribe y realiza videos documentales; asimismo escribe guiones para radio, cine y televisión. Ha colaborado en proyectos para niños y adolescentes con diferentes editoriales, como Santillana y Magenta, y su obra forma parte de las bibliotecas escolares de primaria.

De su obra se ha publicado *El aula sin muros*, (coordinado por Carmen Cortés Rocha, Universidad Pedagógica Nacional) y *Qué hacemos con la naturaleza* (Editorial Santillana). Fue guionista de la serie *Radiosí*, que se transmitió durante dos años de lunes a viernes a través de Radio Educación. En 1989 y 1990 escribió y produjo varias series para Radio Rin, la estación de los niños del Instituto Mexicano de la Radio.

Me dicen ruda porque digo la verdad, porque no me quedo callada: contesto, pego, grito, doy patadas, alfilerazos. Me alejo de la gente, o me pierdo entre todos, pero defendiendo mi territorio que soy yo primero. Al acecho como un perro, mirando siempre a todas partes, tengo ya también ojos atrás, en la cabeza, para que nadie me sorprenda por la retaguardia. Que no me jalen del brazo, que no se me peguen como lapas, que no me empujen, que no me toquen. Caminar a paso veloz, estirando las piernas a lo que dan, como si tuviera prisa, huyendo. ¿De mí también?

Camino por las calles grises con sus casas grises, el aire gris, y siento mi cerebro, mi cara, mis pulmones, mi ánimo también grises. El viento me desgreaña y trae basura: mariposas de plástico, bo-

tellas que reflejan el sol o muestran sus anuncios. Elijo una de a litro para que me acompañe, dirigiéndola a patadas mientras camino. Polvo en la nariz, en los ojos, boca sabor a polvo, cuello empolvado, cafés de polvo las hojas del árbol triste, el único cerca de mi casa. Ese árbol me recuerda a mí: solo en medio de todo, herido en el tronco, las ramas rotas y, a pesar de eso, vive, en lucha siempre, brotándole a duras penas hojitas nuevas. Quiere ser libre no importa a costa de qué. Está enojado; lo han lastimado muchas veces, es su furia lo que le hace romper el pavimento con sus raíces que se agarran de lo que pueden, pero al fin se agarran.

Mi árbol me hace un regalo: junto a él, alguien dejó olvidado un frasco de mermelada casi lleno de pintura color violeta que meto en mi mochila.

Voy a la secun. Las amigas que tenía desde la primaria hace tiempo que no me hablan mucho, me dan la vuelta, no me invitan a sus reventones. Hacen gestos de que no quieren estar conmigo y hasta se ríen y me señalan. Quedamos en ir a tomar un helado y no llegan. Me vale. El otro día, me enteré de una tardeada en un garaje. Entré y estuve baila y baila, con todos y con nadie. Más

que bailar, brincaba. Se acercó un chavo delgadito, de pestañas largas y cara de gorrión, y me dijo algo, pero la música estaba tan fuerte que no le oí, no supe ni su nombre. Bailamos un buen frente a frente, puras sueltas, y luego le di un cuco rápido, le hice adiós con la mano y me salí corriendo a la calle, sorda y con los oídos zumbándome bien padre.

La maestra de biología insiste en que tengo letra de gusanos; el de geografía, más amable, en que mi letra es de doctor porque no se entiende nada. Yo veo a las chavas con sus cuadernos limpitos, “pulcros” dice la de civismo, sin tachones, caligrafía de mosquito, y sólo por eso les suben la calificación. “A ver cuándo aprendes a escribir con letra legible”, se queja el de español y por primera vez me devuelve el examen con un cero grandote y rojo. Yo agarro un plumón y le pongo un uno antes, para sentirme mejor. Por eso prefiero escribir en computadora. O, más barato, no escribir.

Por fuera, la escuela es gris como eje vial. Tiene una barda tan alta que si llegas tarde ni se te ocurre intentar treparte para entrar por allí, y si quieres salirte antes de la hora tampoco puedes hacerlo saltándola. Las ventanas de mi escuela, con sus

barrotes, parecen los de una cárcel. Los salones huelen a sudor encerrado. Los maestros te quitan puntos si llegas tarde, si no llegas, si platicas en clase, si no participas, si copias, si traes diamantina en el pelo, si corres por los pasillos, si tu uniforme está manchado, si ven un arete en tu lengua, si te blanqueas la cara como emo, si decoras tus brazos con plumones de colores, si no haces honores a la bandera, si subes los pies a la silla de junto, si te duermes, si avientas papelitos, si te piden que repitas lo que acaban de decir y no sabes, si echas relajo, si te empujas, si juegas con globos de agua, si tienes mala letra, si tu cuaderno está tachonado, si haces avioncitos de papel, si vomitas en el baño de asco porque está bien sucio, si te pintas mechones de colores.

Por eso y más me han quitado puntos. “Lo bueno es que eres estudiosa –dice el maestro de español–, contestas bien los exámenes. Si fueras más tranquilita, más normal, si te vistieras y te portaras como una señorita que ya eres, mira, como Mariana, y cuidaras tu letra, te iría mejor.”

Me armo de valor y le pregunto a Vane, que solía ser mi amiga, por qué ya las chavas no quieren andar conmigo. Me ve con un gesto de guácala

y dice: “La verdad, por muchas cosas. Eres bien ruda y ps no”. “¿No qué?” “No queremos que nos vean contigo. A ver si cambias, a ver si maduras. Pareces cabra loca.”

Pero yo no quiero cambiar. Así soy y qué.

Se acerca Dulce, que oye todo, y dice dulce: “Además no nos gustan las chavas aplicadas, mata-dita comelibros”. Y yo que me prendo: “Mosquita muerta”, le contesto casi gritando y ahí voy, a golpearla; ella me tira del pelo. Las otras me rodean y van a detenerme y en eso pasa el coordinador de la secun y “Qué sucede aquí”. “Nada, nada”, me trabo. “Engarrótenseme ahí”, se nos queda viendo. Ellas bajan los ojos, yo le sostengo la mirada, a ver, dígame cómo vamos a arreglar esto, con la vista le imploro, ¿tendré que pasar sola el resto de mi vida? “Las voy a estar vigilando”, amenaza el coordinador antes de seguir su camino.

“¡Sáquense!” , les digo a las chavas y me voy como si nada, pero la cabeza casi me revienta del coraje y mis ojos se agüitan.

No quiero ser como ellas. Y no soy matadita. Pero tampoco quiero quedarme sola.

Me gusta andar de vaga.

Por el eje corren manadas de carros levantan-

do humo, que machucan lo que se interponga en su camino. Me toca ver un tráiler lleno de cerdos rosas sucios aplastados, intentando sacar el hocico por entre los barrotes de sus jaulas. Grito de dolor, y mi grito se esconde entre los camiones rugientes y los cerdos chillones.

En medio del eje pasan las serpientes, silenciosas, respirando gente. Para viajar en el metro también llevo mi seguro, prendido de la cintura. Siempre voy asegurada y mi seguro siempre había sido efectivo hasta el otro día. El metro estaba lleno, tuve que meterme por una ventana porque no había manera por la puerta; no es la primera vez, pasa luego. Todos como sardinas en lata. Un tipo aprovechó y me agarró una nalga, y yo furiosa que desprendo rápidamente el seguro, lo abro y le pincho la mano. Y éste la retira sangrante. Cuando me bajo tres estaciones adelante, él también lo hace, busca a un poli; yo no me doy cuenta a tiempo y que me detiene, y ahí vamos los tres a un cuarto a levantar un acta. El chillón ese me acusaba que mire lo que me hizo en la mano esa chamaca, “Debería de estar en el reclusorio de menores”, y yo que me prendo: “Este hombre me agarró el trasero”, así dije, como en la tele, el trasero,

y el güey: “Mentira, si el metro estaba lleno”, “Ah, pero yo sentí –rujo–, ni que fuera mensa”. Total, ni él ni yo, y ya cada quien para su casa; yo, negra del coraje, pero antes todavía el otro poli, el que estaba en el cuarto cuando llegamos, o no sé si era poli o juez o qué, me dice “Dame ese seguro”, y yo que me le pelo.

Hoy tenemos examen de historia. Las mosquitas muertas se me acercan: “¿Estudiaste?” Yo levanto los hombros. “¿Nos dejas copiarte?” Ja, vuelvo a levantar los hombros. “¿Sí?”, dice Dulce. “Tú me pasas a mí las respuestas y vamos rolándolas entre nosotras”, me agarra de un hombro Vane. “Suéltame”, le digo zafando su asquerosa mano de mi cuerpo. Cambia el tono de su voz: “Si no nos ayudas te va a ir muy mal, ¿eh?” “¡Huy, sí, qué miedo!”, la reto alejándome. Antes de escapar ella me tira del pelo, y mis manos tiemblan de susto y de rabia.

Nombre a un traidor ejecutado en el cerro de las campanas. Benito Juárez. ¿Quién era la emperatriz de México, esposa de Maximiliano? La princesa Anastasia. ¿Quién se hizo llamar Su Alteza Serenísima y obligó al pueblo a inclinarse al pasar frente a su sombrero? Sor Juana. “¡Mentira, men-

tira! –dice Vane–: nos estás dando mal las respuestas”, y me quita mi examen para copiarlo. Yo se lo arrebató; me cacha la maestra y, antes de averiguar más, me manda castigada al patio. Vane hace señas de me las vas a pagar.

Salgo con mi mochila al hombro. El patio está vacío. Me siento en una banca del pasillo viendo hacia una pared color agua de calcetín. El salón entero responde un examen de historia: todos menos yo. Me enojo, entro en pánico, estoy sola, sola y mi alma, las compañeras me detestan, los amigos me huyen, los maestros me regañan, yo me choco. Llora en silencio. Me calmo. Me aburro. Un poco más allá cuelga en un marco el periódico mural que hacen los de primero. Un perrito ladra mirando a una niña: “Todos tenemos derecho a ser escuchados”, se lee, y junto, debajo de una ilustración de revista donde aparece mucha gente vestida y peinada a su modo, hay un letrero: “todos somos diferentes y cada persona es única”. Qué buena noticia, porque acá en esta escuela se trata de que todos nos parezcamos; nadie llega con esos vestidos y esos colgajos, con esos sombreros, esas pieles brillantes, la silla de ruedas, pantalones bombachos, cabeza de mohicano, arete en el om-

bligo descubierto. Ya me imagino al coordinador si se le presentaran para inscribirse cuatro o cinco de estos personajes.

Al piso de adoquín lo adornan chicles aplastados. Los muros del pasillo, color cremita, serios, se levantan relucientes, pero el sol, más alto que las bardas del patio, curioseosa adentro, me pega en la cabeza peluda, en la cara y en los hombros. Qué calor. Me ha dado hambre y sed. Abro mi mochila y saco ¡el tarro de pintura morada! No es precisamente para comer o beber.

Destapo, huelo, me sirvo con un dedo. Me levanto. Y con el dedo pinto un cerdito de perfil: su hocico un cuadrado, una bola su cabeza y otra más grande su cuerpo. La cola de cuerquita, las patitas rectángulos. Luego pinto otro, y otro. La pared se desmelenan, se viste de cerditos morados que caminan libres. Pinto algunos de frente, otros de cabeza, como si cayeran, como si volaran, en fila. Mientras pinto, me olvido de todo: el mundo es puerquitos morados alegrando mi escuela.

Una mirada me taladra el cuello y una mano tira de mi pelo tratando de no lastimarme mucho: “¿Qué haces, Eva?” Me asusto tanto que el tarro cae retocando los chicles del adoquín. Mientras lo

levanto digo como quitada de la pena: “¿Le gusta, profe?” “Está estrictamente prohibido pintar en los muros de esta escuela”, regaña. Y ahí vamos con la directora, que amenaza con correrme, que dice que no entiende cómo he cambiado tanto, yo que era tan estudiosa y bien portada. “Por lo pronto, mañana no vas a ir con nosotros al planetario. Te quedas en tu casa castigada. Y quiero hablar con tu mamá, vas a tener que comprar pintura y pintar este muro porque así no se puede quedar. Y una más y quedas expulsada.”

De regreso tomo el metro, miro a todos lados: no quiero encontrarme con el fulano de la mano sangrante. Lamparones morados iluminan mi uniforme. Camino por el eje, doy la vuelta. En la punta del árbol un gorrión canta. Me detengo. Un cartel de colores, pegado en un poste en la esquina, dice: “Cáete por el Faro Oriente, es chido. Pinta tu muro”. Hay un mapa de cómo llegar. Subo la escalera de mi edificio, entro a mi casa vacía, me cambio el uniforme y lo meto a que se remoje en agua jabonosa, que se pinta de cerdito morado. Me entretengo jugando un videojuego: el *Luchador de la calle*, que persigue, golpea con gran maestría y mata a personajes curiosamente

llamados Dulce, Vane y coordinador, treinta veces, hasta que llegan mi jefa y su jefa de jefas y comemos juntas. Luego ella regresa a trabajar, mi abue se encierra en su cuarto a ver tele, yo tallo mi uniforme color violeta hasta dejarlo casi como si no hubiera pasado nada, tomo la llave de la puerta de la azotea y subo a tenderlo. El coco del edificio está vacío. Las ocho jaulas para secar la ropa al viento están vacías, la lavadora lo hace más fácil con el centrifugado, ya casi nadie sube a tender. Tubos y cables, una bici rota que alguien fue a abandonar allí, y el color preferido de la ciudad: gris, aquí y hasta donde el horizonte me deja ver. Me acerco peligrosamente a la orilla: abajo los carros en manada hacen brillar sus ojos previendo la noche. Traigo mi iPod, lo prendo y me pongo los audífonos. “De pronto ya no sé qué pasa en mí, de pronto ya no sé quién soy –canto la rola de los tacubos, y me sigo– Déjate caer, déjate caer, la Tierra es al revés, la sangre es amarilla, déjate caer, el viento ya no sopla”. Doy vueltas con los brazos extendidos, y caigo agotada en el pavimento de la azotea. “¡El planetario!”, exclamo al ver la luna como una uñita, y en el cielo estrellitas, cada vez más, conforme se hace de noche. Me acuerdo de

que la Tierra avanza hecha la mocha por el sistema solar, a 30 kilómetros por segundo. Ya la siento deslizarse y todo con ella. Dígame, señora Tierra: ¿a dónde vamos? ¿De qué se trata este viaje? ¿De qué pinto yo aquí, un puntito ínfimo en el Universo? ¿Como para qué? Sombras de nubes pasan, los monstruos de mis miedos. ¿Qué voy a hacer? Unos gatos se restriegan adentro de mi barriga y me hacen cosquillas. ¿A dónde, con quién, voy a dejar mi enojo?

Bajo al baño, busco unas tijeras, clac-clac-clac, caen los mechones de pelo. Con una navaja rasuro los restos para dejar mi cabeza monda y lironda: nadie me va a tirar del pelo ya. Llego mi jefa: “Pero, Eva, qué te hiciste”, y yo: “Lo que ves, ma”. Sin otro remedio, me ayuda a acabar el trabajo, “Pero por qué, por qué, tan bonita que te veías”. “Quiéreme así: pelona.” “Como quieras.”

El sábado en la mañana tomo el micro que va por el eje, tronando los carros, y llego al Faro de Oriente, a ver. Nomás entrar escucho una música mágica que me hace sentir en el cielo: pianito y luego una trompeta, me quedo quieta, quieta. Una chava se me acerca: “¿Quieres pintar?” Y yo afirmo con la cabeza y pregunto: “¿Y esa música?” “Es jazz.”

“¿Jazz? Está bien el *jazz*”, digo, y ella: “¿Verdad? Me llamo Carla”, yo: “Eva”. Miro hacia adelante. Han pegado rollos de papel sobre un muro, y hay siete chavos pintando. Unos morritos inventan pececitos y casitas hasta abajo del muro, una pareja, chavo y chava, pintan un árbol lleno de ramas. Otro chavo, una calaca flaca. Otro, una caja de la que sale una cabeza. “¿Te parece allá arriba, en esa esquina?” “Ajá.” Vamos por una escalera. Me da unas pinturas y brochas, subo y contenta como la música maravillosa de *jazz* hago aparecer un cielo oscuro, la luna como uñita, estrellas, tres puerquitos morados caminando por tubos como los de la azotea, mi iPod del que salen notas musicales, la serpiente que respira gente... “Está de pelos”, se acercan unos chavos que también pintan. “¿Cómo te llamas?”, pregunta uno de ellos, delgadito, con pestañas largas y cara de gorrión.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DE LOS LECTORES

1. ¿Cómo se sentía Eva?, ¿por qué crees que estaba en ese estado de ánimo?
2. ¿Qué valor puedes practicar cuando descubres diferencias con otras personas?
3. ¿Has ocultado rasgos de tu personalidad por miedo a que se burlen de ti?
4. ¿Alguna vez te has sentido como Eva? ¿Por qué?
5. ¿Por qué al final de la historia Eva logra identificarse con los chavos del Faro?

Historia de lo que fue

María Baranda

María Baranda nació en México en 1962. Ha escrito varios libros de poesía y de literatura infantil. En 2001 obtuvo el Premio Castillo de la Lectura, por *Tulia y la tecla mágica*; en 2003, el premio El Barco de Vapor, por *Silena y la caja de secretos*; y en 2004 los premios Castillo de Lectura y Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil (FILIJ) de Cuento para Niños por *Ángela en el cielo de Saturno* y *Un lugar en el mundo*, respectivamente. Ha publicado también poesía para niños.

Alguien se ríe, se ríe de una manera placentera. Se ríe para adentro, en su cuerpo, en sus brazos, su cuello, su cabello, sus ojos, su rostro. Se ríe y el cielo cae de su boca a pedazos, como la tierra que está regada por el suelo. Reír es una manera de fragmentar el día, el día de otro lugar, otra ciudad, otro mundo, un mundo distinto donde hubiera sido mejor que no pasara esto. Porque esto que pasa es demasiado. Porque ya no podemos decir que no es, que no lo hicimos, que ella está bien. Y que estamos bien todos. Sé que no. Pero, ¿quién ríe? Lo escucho dentro de mí, en mis sueños, mis pensamientos. Alguien no para de reír.

Todo sucedió en silencio aunque sé que hubo ruido, lo sé. Fue una piedra... una piedra que se fragmentó en diminutos pedazos, pedazos de un

mundo que se perdió. Pero el silencio es lo que envuelve mi recuerdo: el silencio es húmedo y azul, azul con rojo. El rojo es por la sangre, pero el azul no sé de qué es. Pienso en el cielo. Quizás estaba reflejado en el suelo, en las piedras y se quedó ahí: atrapado. El miedo se siente como un escalofrío que te recorre desde dentro. Pero el miedo lo siento ahora que estoy aquí, en este cuarto, encerrada y sola. Antes, cuando todo sucedió, yo no sentía nada. Y estoy segura de que los demás tampoco.

En física, la teoría de cuerdas dice que las diminutas partículas materiales vibran en un espacio-tiempo de más de cuatro dimensiones. Si eso es cierto, yo me pregunto ¿en cuál de ellas vivimos nosotros? ¿Acaso hay algo que desconocemos en el momento en que sucede? Y esto viene a mi mente porque hubiera querido que nada de lo que pasó sucediera. Los psicólogos que me interrogaron dijeron que lo importante era reconocer el hecho en sí. Como si se pudiera ver la realidad a través de un microscopio y entonces se supiera qué fue lo que pasó. A todos les importa la condición de ella, el cómo logrará recuperarse, o quizás no, pero no se preguntan qué pasó con nosotros o cómo estamos. Y eso es estar en otra dimensión, vivir detrás de la

pared, donde nadie te ve ni te escucha, donde las sombras ni siquiera se proyectan.

Siento que puedo estallar en pequeñas partículas, pedacitos de mi yo que estarán regados por todo el suelo. Yo ya no soy yo: soy otra, una incompleta que lo ha perdido todo o, quizás, que jamás lo tuvo. ¿Cómo saberlo? Yo creía ser feliz, recuerdo que eso pensaba antes, cuando era apenas una niña. Reía y jugaba con mis amigos. Me sentía muy querida. Ahora vivo en una nebulosa, una niebla que está en mi cuerpo, mis ojos, mi mundo. Un mundo que alguien vaticinó para mí de excelente y “con mucho futuro”, como dicen ellos, los adultos, los que están del otro lado de la línea. Porque ahora sé que hay una división muy sustancial entre ellos y nosotros, eso que somos y lo que, por horror, llegaremos a ser.

—¡Me enfermas! —llegó a decir mi madre de mí.

Sí, la enfermo a ella y a todos, a mí misma.

Vivo a ciegas, adormecida, sin nada que me importe y sin nadie a quien amar. ¿O tan sólo hay que esperar? ¿Y qué se hace en la espera?

Aguantar, aguantar la vida, la casa, la familia, la escuela, las sinrazones para caer, siempre, en

“eso”, en la falta absoluta de intención en nada, el “me vale madre” de todos y todas, de los que no tenemos ya interés y ni siquiera vemos para nosotros un pedacito de futuro.

Yo quería amar y ser amada: así de simple. Quería ser popular, que todos me saludaran por la mañana y que se preocuparan por mí cada día. No pedía nada más. Me sentía una sombra. Una parte oscura del salón que se sentaba lo más lejos posible de todos. Yo era nadie, una nada flotando en el patio mientras los demás reían y jugaban. No recuerdo en qué momento dejé de mirarme al espejo. No me gustaba lo que ahí se reflejaba. Alguna vez le pregunté a mi mamá si pensaba que yo era bonita.

—¿Bonita como quién? —quiso saber.

—Como tú —me atreví a decirle.

Ella guardó silencio.

Fue cuando yo iba en secundaria que algo sucedió. Tenía trece años y las mismas sensaciones extrañas que las demás, lo sé porque las oía cuchichear en el baño. Mi cuerpo me cosquilleaba por dentro. Me ardían los pechos de vez en cuando y sentía un interés distinto por los chicos. Empecé a soñar, a imaginarme junto a un joven guapísimo que moría de amor por mí. Llegué a crear

tal fantasía que le puse nombre: Gabriel. Era casi perfecto: ojos azules, alto, delgado y con una sonrisa extraordinaria. Gabriel me visitaba en cuanto cerraba mis ojos. Empecé a acostumbrarme tanto a él, que prefería estar más en la oscuridad de mis pensamientos que en el mundo que me rodeaba. Dejé de poner atención en las clases y mis calificaciones empezaron a bajar. Gabriel se había convertido en todo lo que yo necesitaba. Después de varias semanas, caí en cama con fiebre. Sin embargo, recuerdo aquel tiempo con mucho placer. Porque ahí, entre la humedad de las sábanas y los litros de agua que me hacían beber, Gabriel empezó a cobrar la forma de un ángel blanco con mucha luz en los ojos. Y eso me llenaba de paz. Lo acurruqué junto a mí. Él extendía sus grandes alas para abrazarme y yo dormía plácidamente, tanto que era mejor ya ni siquiera despertar. Mis padres se preocuparon, quizás por primera vez en mi vida. Mamá llegó a decirme palabras de consuelo y hasta noté que un día me tomó la mano y lloró. Eso me hacía feliz: pensé que por fin se habían dado cuenta de que yo era alguien. Ellos, que se peleaban tanto y por cualquier cosa, dejaron de hacerlo. Mi mamá trataba de hablar conmigo. Su

voz era un vacío, un hueco infinito al que no se le entendía nada. Gabriel me aconsejaba sonreír. Y yo, como una autómatas, lo hacía. Al cabo de unos días me dejaron regresar a la escuela. Me dolían las piernas y la espalda, no tenía fuerzas para mantenerme de pie por mucho rato y, a veces, sentía mareos. Me explicaron que era por haber estado en cama tanto tiempo y por no haber comido casi nada. Gabriel me aconsejó paciencia. Una tarde, tratando de escribir una composición para la clase de español, empecé a hablar de él: mi guardián. Referí cada detalle, desde el inicio de nuestra relación hasta la fiebre y la relación con mis padres. Pensé que mi maestra estaría orgullosa de mí y de mi nueva relación de paz, amor y bondad. Pero ella, asustada, mandó llamar a mi madre y le mostró todo. Fueron días difíciles para mí en los que tuve que visitar a un médico tras otro. Mi diagnóstico fue múltiple: psicosis, bipolaridad, depresión endógena y hasta esquizofrenia. Cada nuevo médico nos aterraba más y más a todos. Por fin, gracias a que mis padres empezaron una terapia de pareja, yo empecé a respirar un poco: se ocuparon más de ellos que de mí. Y la tranquilidad volvió a mi vida. Me recuperé en la escuela, cumplí con

todas mis tareas y obligaciones y todo regresó a la normalidad. Gabriel seguía junto a mí, callado, paciente, bondadoso. Pero yo había aprendido a no decirle ya nada a nadie. Viviría ese amor en silencio.

Había sido un martes, después de la escuela, cuando Diego y Regina se me acercaron para decirme que “me tocaba”. Yo sabía lo que eso quería decir. Por un lado, era por fin ser aceptada por todos, el resto de mi grupo. Pero por el otro, se trataba de hacerle algo a Virginia, quien en realidad a mí no me caía muy mal. Tampoco es que pudiera ser mi mejor amiga, pero no me parecía alguien del otro mundo, una completa *nerd*, para maltratarla. Esa era la parte difícil. Pero ¿cómo negarme?

Virginia era la más arreglada, ñoña y estudiosa. Eso no sería suficiente para molestarla, el problema en realidad no era ella, sino su madre y su abuela. Dos mujeres en su familia, dos generaciones, y mucha tortura para el resto de nosotros. La abuela había sido la bibliotecaria por demasiados años. Era una mujer fea, regañona y agria. Se burlaba de todos cada vez que podía, pero lo hacía de cierta manera que verdaderamente te afectaba. Cuando yo iba en cuarto año, mi maestra me encargó que

fuera a la biblioteca a buscar “la obra” de Alejandro Casona, un dramaturgo. Con esas palabras exactas llegué ante la amarga bibliotecaria y ella, sin más, soltó tremendo chasquido con la lengua, puso los brazos al aire y me empezó a gritar.

—¡¿La obra de Alejandro Casona?! ¡Ja, ja! —se rió de mí.

Y aunque no había nadie más en esos momentos que pudiera ser testigo de semejante humillación, sentí unas ganas inmensas de llorar. Y ahí, delante de esa mujer, empezaron a rodar por mis mejillas tremendas lágrimas. La señora seguía gritando y, de pronto, en un ataque de bondad que tuvo, me extendió un pañuelo que se veía usado. Me dio un asco infinito y me eché a correr de regreso a mi salón. No me atreví a contarle a mi maestra lo que había pasado, por miedo a que también me regañara. Simplemente, cuando me preguntó qué había pasado con el libro que pidió, yo le contesté que no lo tenían.

—¡Qué raro! Creí haberlo visto ahí la semana pasada. Alguien más lo debió de sacar... —comentó como para sí—. Y nunca más volvimos a hablar del asunto. Sólo que yo me quedé con esa humillación adentro, como si alguien me hubiera hecho

algo muy feo y yo no me hubiera defendido. Varios días me sentí mal. Traté de olvidarlo y hasta logré no regresar a la biblioteca en un par de años.

Pero ese era sólo mi caso. Había muchas historias parecidas, me enteraría tiempo después, en una plática en el campamento de la escuela. Y creo que esa noche en la fogata, cuando varios empezamos a contar nuestras terribles experiencias con esa mujer, sellamos una especie de pacto en silencio, aunque nadie lo dijo, pero todos estuvimos de acuerdo en que era una mujer horrible y, muy dentro de nosotros, supimos que algún día haríamos algo.

Fue Diego el que abrió el tema de la madre de Virginia. Parece que era igual de tremenda que la abuela, nada más que esta señora se dedicaba a acusar, con sus respectivas madres, a todo aquel que le hiciera algo a su hijita. Así, Bernardo quedó acusado de haber empujado en un recreo a su pequeña, Diego de haberla mordido, Teresa de haberle quitado su almuerzo, Regina de haberse comido sus dulces, Gonzalo de haberle escondido sus colores. Parecía que toda la escuela estaba en contra de su encantadora pequeña. Y ella, la feroz madre, estaría dispuesta a defenderla ante

cualquier malvado que se atreviera a hacerle algo. Al principio, las otras mamás apoyaron a la de Virginia y castigaron a sus hijos. Pero como las quejas continuaron, las madres empezaron a decirles a sus hijos que ellos solos solucionaron sus problemas. Y así fue. Virginia quedó a merced de los temibles niños.

Sé que todos los años de primaria Virginia sufrió un calvario. No fueron pocas las veces en que su torta desapareció, su suéter también y su mochila con todos sus útiles. En alguna ocasión hasta llegó a ser acusada del robo de unos exámenes y de un vidrio roto en el salón. Lo curioso era que nunca jamás un solo maestro creyó que había sido ella. Y siempre el grupo fue sometido a largos interrogatorios e, inclusive, a uno que otro castigo por no haber delatado al verdadero infractor. El grupo, así, llegó a ser más unido. Ya para secundaria, las acusaciones en contra de Virginia eran muy sabidas en la escuela, por lo que, sin siquiera ponernos de acuerdo, cambiamos la estrategia. Creo que la primera en hacerlo fue Regina. Un día, a la salida, se le ocurrió decir en frente del grupo que Virginia tenía manchada la falda por detrás. Lo que ocasionó la risa de varios y los comentarios de

muchos. Algunas niñas se acercaron a decirle que se cubriera, que se veía muy mal andar manchada. Como Virginia se había puesto muy nerviosa, al día siguiente se repitió lo mismo, pero esta vez, los comentarios empezaron desde la hora del recreo. Para el final de la semana, Virginia ya no salía a recreo, prefería refugiarse en su pupitre.

Entre nosotros empezó a surgir una especie de gusto por hacerlo, por contarnos qué le diríamos para apenarla. Al final de las conversaciones comentábamos si tal o cual maestro nos regañaría, o si su abuela o su madre se enteraría. Pero la madre había dejado de ir a recogerla desde hacía ya tiempo; lo que se contaba es que se había casado de nuevo y que por eso ya no le hacía caso a su hija. Sin embargo, esto no nos detuvo para molestarla. La abuela había sido removida de su puesto de bibliotecaria y ahora era ayudante de la dirección, por lo que ya no teníamos contacto directo con ella, pero la señora tenía mucho poder. O al menos eso era lo que se rumoraba. Teresa nos había contado que un día en su casa se atrasaron con el pago de unos libros de la escuela, y la abuela había mandado llamar a su padre para decirle que su hija estaba al borde de la suspensión definitiva.

Molestar a Virginia era lo que nos unía como grupo y lo que a mí me hizo sentir que pertenecía a un sitio. Nunca en todos los años anteriores había yo sentido la fuerza de ser parte de un grupo. Muy pronto, los más atrevidos se convirtieron en los líderes naturales: Diego y Regina. Ella era más cruel y más estricta en cuanto a la pertenencia: si estabas dentro debías hacer ciertas cosas. Como, por ejemplo, gritarle de cosas a Virginia, quitarle su almuerzo o sus útiles. Hasta ahí nada se salía de lo ordinario. Pero un lunes, después de la clase de deportes, Regina nos convocó a junta de grupo. Nos metimos debajo de un techo que servía de refugio a las escobas y los trapeadores. Ahí, nos explicaron entre los dos las nuevas condiciones para seguir perteneciendo. Debíamos tener ideas “originales”, nos dijeron, para hacer algo, algo que verdaderamente la lastimara. Todos nos volteamos a ver sin saber qué decir. Pero Gonzalo, rápidamente, propuso asustarla, sugirió llevarla a un cementerio y dejarla ahí. Nos pareció una idea genial, por lo que estuvimos de acuerdo y planeamos cómo convencerla de ir. Durante todos los días de la semana siguiente no le dijimos nada, no la molestamos, al contrario, tratamos de acercar-

nos a ella. Regina llegó a llamarla “Vicky” y Diego hasta le regaló una paleta. Unos días después de mantener este trato, nuestra compañera empezó a confiar en nosotros y a sonreírnos. El plan era lograr su confianza poco a poco y, cuando sintiéramos que ya la teníamos, Regina y Diego le propondrían acompañarnos un sábado por la tarde a cantar al panteón. Virginia se extrañó mucho de la invitación y dijo que tenía que preguntarle a su madre si podía ir. A lo que Diego se apresuró a decirle que era un grupo secreto y que nadie debía saber nada, subrayó que nuestra única intención era llevarles un poco de música a los muertos para que descansaran en paz. Virginia quiso saber quiénes eran los integrantes del grupo y, cuando le dijimos, comentó que para ella estaba muy bien pertenecer a ese grupo secreto, con misión tan extraña pero importante. La citamos antes de que cerraran el lugar. Estábamos un poco nerviosos los seis. Yo noté que Gonzalo y Regina hablaban aparte, como en secreto, pero no dije nada. Bernardo sacó un cigarro y empezó a fumar y Teresa no dejó de pedirle fumadas. Virginia se extrañó porque no llevábamos instrumentos musicales. Entonces Teresa soltó una risita en mal plan para burlarse de

ella. Regina inmediatamente detuvo la escena y nos pidió que comenzáramos a buscar las tumbas en las que queríamos cantar. Nos volteamos a ver todos como tratando de entender lo que nos acababa de decir Regina. Gonzalo dijo que al fondo estaban las tumbas más interesantes. Y era cierto, ahí, en uno de los pasillos del inmenso lugar, había unas que parecían pequeñas casas, otras iglesias y una más hasta parecía tener forma de barco. Empezamos a entusiasmarnos con el sitio, vimos las flores de plástico, las veladoras y al guardia que andaba por ahí y que no nos quitaba los ojos de encima. Diego sacó un toque y lo prendió y lo fumamos todos, para mí era mi primera vez y tuve un poco de miedo, pero aun así lo hice porque no quise que fueran a decir algo malo, que yo era una cobarde. Sólo Virginia no quiso y pidió regresar a su casa, Bernardo se rió de ella y también Teresa. Regina propuso ir más al fondo, junto a una barda, y señaló un lugar detrás de un árbol, dijo que cantáramos una canción, pero Gonzalo, impaciente, se puso muy cerca de Virginia, le pasó un brazo por los hombros y así, bien sujeta, creo que la empujó a un agujero bastante grande que había ahí. Y digo creo porque sólo recuerdo el sonido

de su cuerpo al caer, que se repetía en mi cabeza una y otra vez, un grito, dos gritos, todos los gritos de Virginia, las hojas de los árboles que crujían también repetidamente, las risas de todos cada vez más fuertes, la tierra que empezamos a arrojarle, las piedras que salieron de quién sabe dónde y de pronto la voz de mando de Regina que nos urgía a salir de ahí lo más rápido posible. Y corrimos y corrimos y corrimos y corrimos.

Es curioso lo que se recuerda tan nítidamente cuando hay una emoción muy intensa: una lagartija que cruzó delante de nosotros, dos latas de refresco tiradas en el piso, un camión que pasaba a baja velocidad, una señora que nos vio muy detenidamente desde el otro lado de la calle, un vendedor de *hot dogs* que escuchaba música y la música que parecía ocuparlo todo. Cuando me di cuenta estaba sola, detenida delante de la verja de la entrada con el llanto atorado en la garganta, la tierra aún entre los dedos de mis manos y en mis uñas y la enorme necesidad de que estuviera ahí Gabriel, mi ángel protector. Y creo que fue entonces cuando llegó con sus dos alas extendidas y lentamente las abrió en un abrazo cálido y yo me quedé envuelta en él hasta que un señor, el

guardia del lugar, empezó a sacudirme y a gritarme que qué habíamos hecho. Y los demás, ¿dónde estaban?

Luego, la gran nada y su silencio que llegó a mí como si fuera un manto, unas alas, una perfecta protección contra las voces y los gritos y la desesperación de ese señor, el guardia, mientras una patrulla se acercaba. Después sólo recuerdo la risa, la enorme carcajada de alguien que estaba ahí, aunque yo no pudiera verlo, pero que me hacía reír ya sin parar.

Me llevaron a un lugar donde dos señoras empezaron a decir que yo era una drogadicta y que me encerrarían en la cárcel hasta que muriera, o eso creí entender. Todo retumbaba en mi cabeza y no podía hablar. Ni un solo sonido salía de mi boca. Sé que pedía un auxilio silencioso, un socorro que jamás llegó. Finalmente, un policía entró a avisar que la ambulancia ya había llegado al hospital. Supuse que se trataba de Virginia porque el personal del sitio me volteó a ver. En esos momentos tuve un miedo muy grande y, no sé por qué, me oriné ahí, delante de todos. Finalmente, me solté llorando, callada y silenciosamente. Mis lágrimas las sentía calientes: me quemaban la cara. Nadie

me consoló ni me dijo nada. Después de mucho tiempo, una señora me pidió que anotara el número de teléfono de mi casa. Imaginé los gritos de horror de mis papás. Llegaron ya cuando era muy noche y yo estaba tiritando de frío. Mi mamá me sacudió de los hombros y empezó a decirme entre llantos “¿por qué, por qué?” Y no supe qué decir.

Pasé la noche encerrada en un cuarto muy pequeño junto con otras tres mujeres. Una estaba sumamente borracha y olía espantoso. Las otras estaban en silencio. Me senté en un rincón, abracé mis rodillas y me quedé así por varias horas, hasta que me dolió la espalda y tuve que ponerme de pie. Yo también olía mal, a tierra, a orines, a sudor, a miedo, a dolor. Me dolía lo que habíamos hecho. Al día siguiente, cuando vi a mi padre, lo único que le pregunté fue cómo estaba Virginia. Me dijo que la habían llevado a un hospital porque la habíamos descalabrado con las piedras y que no podía caminar. Sentí horrible, sobre todo porque no recordaba bien lo que había pasado. Tenía unas ganas inmensas de hablar con el resto del grupo, pero ese día, un poco después, me enteré de que el guardia había dicho que yo sola había hecho todo eso.

¿En qué dimensión vivo? Y los demás, ¿en cuál están? De pronto, lo que yo reconocía o creía reconocer como los hechos, el suceso o la historia de lo que fue, había cambiado por completo. Empecé a sentir que mi cuerpo flotaba lejos de mí, que mi sombra ya no me ocupaba y que mis fuerzas se habían ido para siempre. Ni siquiera tuve ya el valor de convocar a Gabriel, de pedir su ayuda y protección. Los sonidos me penetraban como grietas que se abrían en mi cuerpo y en mi rostro. Difícilmente entendía una frase completa y, a veces, ni siquiera las palabras sueltas cobraban un significado. Quizás, por eso, la recomendación de los psicólogos fue que me internaran aquí, desde donde he podido, poco a poco, volver a existir.

Y pasaría mucho tiempo, ese tiempo que no se entiende y que sólo se reproduce en el afuera, para darme cuenta de que alguna vez estuve viva. Y que en esa vida hubo otros conmigo a quienes los perseguirían la culpa y el horror para siempre. Y se sabría que el padre de Regina le dio mucho dinero al guardia para que dijera que yo, y sólo yo, lo había hecho. Pero hubo otros que hablaron, que no pudieron volver a dormir, a soñar, a ser los

de antes, y fue entonces que pude recuperar un poco de paz dentro de mí.

Ahora que estoy en este sitio, me pregunto si hubiéramos podido detenernos. Busco en mis recuerdos cuál fue el minuto, el momento en que pudimos haber regresado o habernos calmado o, quizás, haber detenido todo, como si el tiempo se pudiera tocar o congelar en una escena, una sola, para poder salvarnos, salvarla, y dejar que su vida siguiera y que nosotros, que ahora guardamos retazos de miedo y de dolor tan dentro, pudiéramos seguir adelante como el día sigue a la noche.

Y todo sucedió en silencio aunque sé que hubo ruido, lo sé. Fue una piedra... una piedra que yo arrojé y golpeó su nuca y se fragmentó en diminutos pedazos, pedazos de un mundo que se perdió. Pero el silencio es lo que envuelve mi recuerdo: el silencio es húmedo y azul, azul con rojo. El rojo es por la sangre, pero el azul no sé de qué es. Hubo cielo, sé que hubo cielo. Quizás estaba reflejado en el suelo, en las piedras y se quedó ahí: atrapado. El miedo se siente como un escalofrío que te ocupa, te invade desde dentro y te deja ahí para siempre.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DE LOS LECTORES

1. ¿Estarías dispuesto o dispuesta a modificar tu forma de ser o de pensar para ser aceptado en la sociedad?
2. ¿Alguna vez has hecho algo para ser aceptado por alguien?, ¿parecía algo fácil en el momento?
3. ¿Has realizado alguna acción en contra de tus principios o valores para ser aceptado? Si es el caso, piensa en cómo te sentiste.
4. ¿Has experimentado algún trato injusto, violento o de intolerancia contigo a partir de una venganza real o supuesta?
5. ¿Piensas en las posibles consecuencias de tus decisiones antes de realizarlas?

Ojo por ojo

Ana Díaz Sesma

Ana María Díaz Sesma es licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad de las Américas de Puebla y cuenta con la Maestría en Letras Modernas por la Universidad Iberoamericana. Escribe guiones para televisión y cine; colabora con artículos y reportajes en periódicos y revistas. Entre su obra publicada se encuentran: *Los revoltosos y algunas metiches* y *Las revoltosas*, ambos en coautoría (Selector, 2010); *De madrugadas rotas y sirenas extraviadas* (Torremozas, 2009); *Relatos de Mujeres*, en coautoría (Torremozas, 2006); y *Tiempos de aguas y otros tiempos...* (Instituto Mexiquense de Cultura-Editorial Piedra de Fundación, 2003).

Me llamo Muhammad Ali. El culpable de mi nombre fue el famoso astro del *ring* de los años sesenta, Cassius Clay, mejor conocido como Muhammad Ali. Bueno, corrijo, él no fue el culpable sino mi papá, que era su *fan* y también un gran boxeador. Estoy seguro de que si mi jefe no se hubiera muerto, hoy sería una estrella y yo podría seguir sus pasos. Pero como él ya no está y mi mamá, desde que yo era un chavito, satanizó el box (gracias al lavado de cerebro que mi padrastro le hace), no puedo entrenarme en este gran deporte. Ellos dicen que es violento y que los golpes te dejan imbécil, como a mi papá. Por eso me tengo que aguantar con sacar sus guantes rojos (mi mayor tesoro) y entrenar mis *swings* y derechazos frente al espejo, mientras Xavier, el tetísimo de mi

hermano, me ve con cara de idiota y me pide que le enseñe. Yo le contesto que este deporte es sólo para machines.

Además del box, tengo otra pasión secreta. Se llama Adelina. Vive a tres cuadras de mi casa y tiene quince. Tal vez por eso me ve como a un chamaco baboso y no me pela. Yo me conformo con verla en el parque con los *jeans* a la cadera y su *piercing* en el ombligo, aunque sólo platique con los chavos más grandes y a mí, si bien me va, me despeine y me diga: “¡Qué transa, Moha!”, como me llaman El Piolín, La Ardilla y los demás.

En ese parque nos juntamos todos los güeyes de la colonia que preferimos estar afuera de nuestras casas. Es un pequeño oasis en medio de ejes viales y edificios deprimentes, aunque cada vez está más abandonado; las plantas secas, los juegos oxidados o rotos, las canastas sin red y las paredes pintarrajeadas. Ni la escultura de un pelón con lentes, que me importa un pito quién sea, se salvó del grafiti. Por si fuera poco, los chavos grandes nos corren de la cancha cuando llegan. Más nos vale no ponernos muy gallitos porque algunos de ellos están bien mamados, como al que le apodan La Bestia.

De todos modos, es mejor pasar las tardes en el parque que en la casa. A la mayoría sus jefes no se la arman de pex. A mí sí, porque tengo que quedarme cuidando al Subnormal, o sea, a Xavier. Lo bueno es que como La Chancluda (así se refieren las vecinas a mi mamá) y El Xolo (si comparan la foto de un perro xoloizcuintle con la de mi padraastro entenderían por qué le puse así) llegan bien tarde de sus chambas, ni se enteran de que me largo. Al Xavi lo tengo bien aleccionado. Si se pone necio con que me quiere acompañar, le digo que tal vez cuando cumpla ocho. Le doy alas nomás para que no esté jodiendo. Una vez fregó tanto que lo tuve que dejar amarrado a un mueble. Por eso ya no insiste mucho; si abre el pico para acusarme de mis salidas, ya le advertí que voy a freír sus peces en aceite. El muy teto se lo cree y me ruega que no lo haga, y bueno, tampoco soy tan manchado, pero esa es la forma de mantenerlo alineado. Mugre Xavi, ¡tan matadito y peinado! A veces me dan ganas de zapearlo para ver si se le cae tanto gel que su papá le echa en las mañanas. Más de una vez he estado a punto, pero me aguantó cuando veo su cara de borrego con diarrea y recuerdo que mi hermano es frágil como un paja-

rito silvestre. Además, sólo tiene siete años. En el fondo sí lo quiero. Lo que pasa es que me enchila que para mi mamá y El Xolo, Xavi sea perfecto y yo, el que siempre la cajetea, el burro, el vale madres. Ya sé que no soy muy aplicado y me gusta echar relajo en la escuela, pero tampoco soy una calamidad, como les ha dado por decirme, ni es justo que mi hermano sea el único al que El Xolo le traiga cosas padres. Y no es que el güey sea muy generoso, sino que es supervisor de piso de una mega tienda y consigue precio de empleado. Por eso, a cada rato trae aparatos eléctricos, cachivaches de cocina, papel de baño para un año o playeras que, de tan chafas, raspan. Ya le dije que en vez de seguir trayéndome calcetines y calzones que agujero al primer pedo, me dé algo padre, como los peces dorados que le regaló de cumpleaños a Xavi; él sólo contesta: “se vale soñar, Calamidad.” Los regalos chidos son nomás para el pusilánime de mi hermano, que no sé qué quiera decir tal palabrita; el prefecto de disciplina siempre la usa, y de seguro mi hermano es muy pusilánime, entre otros defectos peores.

Al que no he mencionado es a mi abuelo. ¿Qué se puede decir de un mueble? Sólo sabemos

que sigue vivo porque come y se pedorrea. ¡Pobre abuelo! ¿En qué pensará todo el día sentado en su sillón frente a la tele? A él también le pasa como a mí, que a veces me orino en la cama, pero con él la cosa se pone peor porque también se caga. Entonces mi mamá, con actitud de mártir de telenovela y en chanclas, lava las sábanas en los fregaderos de la azotea. Lo que nadie sabe es que a veces afila su agujijón para clavarlo cuando su víctima menos se lo espera. Para que me entiendan, la ruca sigue la técnica que aplicaba arriba del *ring* mi tocayo Muhammad Ali: “revolotear como mariposa y picar como abeja”. Por eso, entre más contenta parece, al mismo tiempo está afilando su punta. Con todos hace lo mismo, pero sus picaduras con el abuelo son peores, porque el viejo no se puede defender y las tácticas de mi jefa pasan tan desapercibidas que sólo yo me doy cuenta. Una de sus preferidas es cortarle el guisado en trozos bien grandes o dejarle los pedazos de carne con más nervios para que le cueste trabajo masticarlos con los pocos dientes que le quedan. Una vez oí que, de niños, el abuelo maltrató mucho a mi jefa y a sus hermanos. Yo pienso que por eso ahora ella se las está cobrando.

Verán que mi familia no es ni mejor ni peor que otras; mi vida no es tan del nabo como la de algunos chavos que se los zapean en su casa. Claro, si Adelina me pelara estaría de pelos. Ya no sé qué más contarles. Lo único chido que me pasa últimamente, es soñar despierto con Adelina, por lo que ya no los voy a seguir aburriendo hasta que no tenga algo más interesante que contar de mi existencia inocua, que tampoco sé qué quiere decir esa palabra. Es otra de las preferidas del prefecto, y a mí me suena a algo incoloro, inodoro e insípido.

Dije que no volvería a contar nada hasta que no me pasara algo importante. Lo que les voy a confesar tal vez a muchos les dé *wilson*, pero para mí fue un gancho al hígado del que todavía no me recupero.

Esa tarde, los gandallas de los grandes ni asomaron las narices por el parque. El Piolín, La Ardilla y otros aprovechamos la situación: invadimos la cancha de básquet para ensayar nuestros saltos en patineta. Al rato, Adelina apareció con sus amigas. Se sentaron muy cerca a platicar y a vernos. No podía creerlo: a *wilbur* me tenía que

lucir. Sin importar romperme todos los huesos, tomé vuelito con mi patineta, salté a una banca y de ahí volé. Ese instante, suspendido en el aire, fue el de mis tres segundos de fama. No había ni recuperado el equilibrio después de mi acrobacia aérea, cuando de pronto, como si alguien me hubiera sacudido para despertarme de un sueño feliz, vi a la vieja.

—¿Qué haces aquí, mamá? —grité sorprendido.

Ella me miró fijamente, sonriendo como una hiena hambrienta que se acerca a un bulto de carroña. Esta vez no tuvo la prudencia de revolotear primero como mariposa, sino que directo clavó su aguijón.

—Ay, muy machito enfrente de tus amigas. ¡A que ellas no saben que te sigues orinando en las sábanas!

Hubiera querido defenderme y decir que sólo me hacía pipí cuando soñaba con mi papá en el féretro el día de su entierro. Pero me quedé congelado, sin poder decir nada: arrojé la patineta y salí destapado.

Al llegar a casa, corrí a mi cuarto. Ahí estaba El Pusilánime. El muy marica se metió debajo de la cama y desde ahí me contó que mi mamá había lle-

gado temprano por un dolor de muela. Cuando preguntó por mí, Xavier, en vez de inventarle que había ido a hacer la tarea con algún cuate, me delató.

—Moha, yo no quería decirle, pero... —no lo dejé terminar.

Lo jalé de la greña y a empujones lo corrí. Me encerré el resto de la tarde con la música a todo volumen. No quiero sonar como vieja, pero sentía un dolor muy cabrón en el pecho. Hubiera preferido que mi mamá me agarrara a batazos, eso habría dolido menos. ¿Con qué cara iba a volver a ver a Adelina y a mis cuates, después de que ya estaban enterados de mi “problemita”?

Aunque los viejos digan que el tiempo cura todo, ya habían pasado algunos días de “ese incidente” y yo me seguía sintiendo un insecto pisoteado.

Un sábado mi mamá me mandó por un encargo. Estaba a punto de salir cuando Xavi, con sus ojos pusilánimes, me pidió ir conmigo. No tenía ganas de discutir, así que lo dejé.

De regreso de la tienda, pasamos por la calle de en frente del parque. No ví a nadie conocido, por lo que se me ocurrió volver a casa cruzándolo.

—Mira, —le dije orgulloso— desde esa banca un día salté con mi patineta.

—¡Gua! —luego preguntó con su gesto grave de niño aplicado, quién era el de la estatua.

—No todo lo quieras saber, por eso nunca saldrás de la categoría de los subnormales —le respondí con aires de superioridad.

Xavi se acercó a la placa que estaba abajo de los pies del güey de metal y leyó: “Ojo por ojo y todos terminaremos ciegos. Mahatma Gandhi”.

Me sorprendí de que, después de tantos años de ir al parque, nunca hubiera tenido la curiosidad de leer la placa ni de averiguar quién era ese pelón con lentes que nos observaba desde su columna.

—¿Qué quiere decir ojo por... ?

—Averígualo tú —dije a punto de perder la paciencia—. Ya vámonos.

Al poco tiempo, una mañana desayunábamos como cualquier otro domingo. Yo no abría la boca ni para bostezar. Sólo los veía de reojo mientras saboreaba mis *hot cakes*. La Chancluda estaba muy risueña, tal vez porque estábamos estrenando tele. Mi padastro la había sacado a plazos. Pronto el tipo se estaría quejando otra vez de que el billete nunca alcanza. La pantalla plana en medio de tanto mueble viejo y baratijas de falluca parecía fuera de lugar. El Xolo cambió el programa baboso

que mi mamá veía y puso noticias. Le subió el volumen para no oír a la guacamaya que protestaba. Sólo Xavier me miraba con cara de que lo pelara. Le di un puntapié por debajo de la mesa para advertirle que no estaba de buenas.

En pantalla apareció la imagen de los restos de un coche que explotó por una bomba.

—¡Qué lástima que no estallara afuera de esta unidad habitacional! —por fin hablé.

Mi mamá respondió que cada vez le recordaba más al “abusado” de mi papá, y luego mi padrastro remató con voz de corneta desafinada: “Que en paz descanse”. Mi ruca apretó los labios para no reír. De pronto, todo el coraje que llevaba sin salir durante tanto tiempo, se disparó, como si alguien hubiera destapado una botella de refresco después de agitarla. Me levanté en automático sin soltar el cuchillo con que embarraba mantequilla. Si no hubiera sido porque mi hermano me detuvo de la manga, me hubiera lanzado contra mi mamá, que en esos momentos se levantaba con los platos sucios. De un movimiento rápido me zafé de su mano, pero él me volvió a tomar del brazo y, acercando su cara a la mía, me dijo:

—Ojo por ojo y todos terminaremos sordos.

Me tardé en reaccionar. En cuanto capté a qué se refería, lo corregí:

—¡Ciegos, bruto, ciegos!

Al darse cuenta de su error, empezó a reír con una risa tan explosiva que pronto me contagié, al igual que el abuelo. Mi mamá dijo que parecíamos retrasados mentales. No podíamos parar, ella y El Xolo se nos quedaron viendo por largo rato, sin comprender qué pasaba.

—¡Ya basta! —ladró mi padrastro.

Tardamos un ratote en callarnos hasta que lo único que se oía era la voz de cacatúa de la conductora. Como por arte de magia, mi rabia se esfumó.

Todavía no sé qué pasó; de repente se me activaron las neuronas y entendí lo que el pelón del parque quería decir con “ojo por ojo...”

Volteé a ver a Xavi. Esta vez lo tenía que aceptar: me acababa de dar un nocaut rotundo. El muy nerdo entendió, mucho antes que yo, esa frase; por algo era y seguiría siendo El Subnormal.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DE LOS LECTORES

1. ¿Qué decisiones crees que se deben tomar para no tener una relación como la de Moha y su mamá?
2. ¿Has experimentado o sentido un trato desigual de otros miembros de tu familia?
3. ¿Alguna vez te han exhibido de manera negativa con alguien, o has visto cómo exhiben a otra persona?
4. ¿Qué sensaciones provocó en ti?
5. ¿Qué ventajas consideras que tiene el diálogo en tus relaciones con las personas?

Un día de furia

Javier Malpica

Javier Malpica nació en la ciudad de México en 1965. Después de estudiar la Licenciatura en Física, cursó el Diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México (SOGEM). Ha recibido varios premios y reconocimientos en literatura infantil. Entre sus obras destacan: *Mi mamá, la casa y un cuarto muy especial* (Premio de cuento infantil de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil, FILIJ 2001), *Clubes rivales* (Premio de Novela Infantil El Barco de Vapor 2002 y publicado en España), *La travesía imposible* (Premio Nacional de Cuento Infantil “Juan de la Cabada” 2002), *Hasta el viento puede cambiar de piel* (Premio Nacional de Literatura para Niños “María Enriqueta Camarillo” 2004), *El miedo me pela los dientes*, *Los trenes no paran en Plenilunio*, *Nadie es mi amigo*, *Siete habitaciones a oscuras*, *Birlibirloque* y *Para Nina*.

Ha escrito además diversos dramas (muchos de ellos en coautoría con su hermano Antonio); la mayor parte de ellos han sido premiados y llevados a escena. Ha formado parte del Sistema Nacional de Artistas de México.

En lo que parece un intento de ajuste de cuentas entre bandas rivales, un tirador fracasó en su tentativa de ultimar a elementos de una supuesta banda rival e hirió a dos menores para después darse a la fuga. Uno de los niños, alcanzado por los proyectiles, murió en el lugar de los hechos, mientras que el otro fue llevado a un hospital cercano, donde se debate entre la vida y la muerte; su estado se reporta como grave. Los hechos ocurrieron en un parque de una colonia del oriente de la ciudad, donde los niños de apenas nueve y diez años compraban un chicharrón a un vendedor ambulante. Es un lamentable incidente que viene a empañar...

Jaime decidió que era suficiente. Oprimió el botón y la voz se extinguió. Ese tipo de noticias lo hacía enojar. Era terrible que no se pudiera ya encender la radio y no escuchar una reseña con esas características. Sobre todo le enfurecía saber que dos niños inocentes hubieran sido asesinados por un asunto en el que no tenían ninguna incumbencia. *¿Qué tal que hubieran sido mis hijos?* Afortunadamente eso no era posible, ya que estaba seguro de que se encontraban en ese momento en la escuela. El arquitecto frunció el ceño. Ya de por sí estaba molesto por la tardanza de la mudanza y, encima, se enteraba de noticias de tan terrible matiz. Parecía que la agresividad se dispersaba por el aire como un polvo invisible y letal del que nadie parecía estar a salvo. *¿Por qué tardan tanto? Que ni crean que les voy a dar propina.* Estaba a punto de llamar a través de su celular cuando el camión apareció en la esquina. Miró el reloj en el tablero del auto. Apenas había tiempo para sacar los muebles. El casero ya lo había esperado demasiados días y había amenazado con acudir a las autoridades. A Jaime no le hacía gracia tener que cambiar de lugar su despacho, pero el aumento de renta le hacía imposible seguir en esa colonia. “¿Dónde andaban,

maestro?”, preguntó mientras bajaba del auto. El jefe de los cargadores no se sintió cómodo con el tono de voz del arquitecto. “Perdón, jefe, pero no encontrábamos cómo entrar al callejón, parece que cambiaron el sentido de varias calles.” “Pues van a tener que darse prisa. Me urge llegar pronto a mi oficina.” “No se apure, va a ver cómo en un dos por tres llenamos el camión.” Se volvió a sus ayudantes y con un par de aplausos los conminó a apresurarse. “Vamos, muchachos, a echarle, que el archi tiene prisa.”

Jaime estaba tenso por la situación apremiante. Tenía que ponerse a trabajar cuanto antes, pero no podría hacerlo hasta que todos los muebles estuvieran en el nuevo local. Las colegiaturas habían subido, su esposa lo presionaba con el pago de las tarjetas. Todo era presión. Todo. Estaba más que harto.

Don Damián, el jefe de la mudanza, comenzó a sudar antes de tiempo. Siempre le sucedía cuando se sentía atrapado en situaciones tirantes. Sospechaba que José, el más fuerte de sus cargadores, había vuelto a beber. Ya le había advertido que si se volvía a presentar en ese estado lo correría. Pero por el momento no haría nada, no era el momento. Tenían que terminar el trabajo. Ya habría

modo de hablar más tarde. *Más le vale a ese cabrón, que nada malo pase.* Pero ese tipo de pensamientos normalmente se convierten en premoniciones. Y aunque no hubo ningún contratiempo en el momento de bajar y meter los muebles en el camión, el problema ocurrió cuando José y El Chinelas, otro cargador de constitución mucho menos sólida, llevaban un pesado escritorio por las escaleras del edificio donde estaba la nueva oficina de Jaime. El mareo, ocasionado por los últimos tragos clandestinos dados a una botellita de tequila durante el trayecto en el camión, hizo calcular mal a José. El mueble se le escurrió de las manos y, aunque alcanzó a corregir y tomarlo de nuevo por un borde, no pudo evitar que la madera diera un leve golpe contra el suelo. *En la madre.* Y después, un breve silencio. *Ojalá y no se hayan dado cuenta.* Lamentablemente para los cargadores, el arquitecto alcanzó a ver la defectuosa maniobra y no tardó en acercarse. Y tal y como si fuera un conductor que tras un golpe en su auto busca un posible daño en la carrocería, revisó minuciosamente el escritorio. “No se apure, Arquí, no le pasó nada”. Pero, incrédulo, Jaime pidió que levantaran el escritorio y lo hicieran girar. “No. No. Miren lo que han he-

cho.” Un rayón asomaba por un costado. *Eso no lo hicimos nosotros.* De eso estaba seguro José, ¿o no? “Ese rayón ya lo traía.” “Cómo que ya lo traía. ¿Me está diciendo mentiroso?” “No, señor, pero ya lo traía, de veras que ahorita no le pasó nada.” Otro silencio se dio mientras el arquitecto inhalaba como quien busca encontrar un aroma perdido en el aire. “¿Está usted borracho?” Lo súbito de la pregunta hizo que José se quedara helado. El jefe de cargadores no tardó en aparecer. Jaime estaba furioso, manoteaba y amenazaba: “Estos cabrones me acaban de desgraciar el escritorio, maestro”. “Cálmese, Arquí, vamos a verlo.” “¿Cómo es que permite que sus trabajadores vengan borrachos a trabajar?” Don Damián casi sintió que se mordía la lengua, pero no había otra que negarlo todo. “Nadie está borracho, Arquí.” “Mire nada más el golpe que le hicieron a mi mueble.” De nada sirvió que José quisiera explicar que había salvado el escritorio del golpe justo a tiempo. Su jefe lo miró con absoluta desconfianza.

Fueron quince minutos en los que Jaime perdió la noción del tiempo. Olvidó la hora. Olvidó que debía ponerse a trabajar de inmediato. Olvidó los pagos a las tarjetas y las colegiaturas. Olvidó el ca-

lor sofocante del día. Sólo tenía en la cabeza una idea: esos cargadores lo habían perjudicado y... *las cosas no pueden quedarse así*. “No pienso pagarles. Háganle como quieran, pero no pienso pagarles.” Don Damián sabía que estaba atrapado como una mosca entre las persianas de una ventana cerrada; prácticamente ya habían terminado la faena y todos los muebles estaban en su lugar. Eso los ponía en la difícil posición de no tener con qué negociar. “No sea así, Arquí. El trabajo ya está hecho.” Pero el arquitecto no parecía escuchar ya razones y cada vez manoteaba con más vehemencia. “Primero se pierden, luego se tardan una eternidad y ahora me echan a perder un mueble.”

No hubo modo de convencer a Jaime. Lo más que pudo conseguir el jefe de cargadores fue que la paga fuera la mitad de lo pactado.

Lo último que recibieron del cliente fue un azotón de puerta.

El jefe de cargadores se quitó la gorra y limpió con un furioso pase de su pañuelo el sudor provocado por la discusión y el calor del mediodía. “¿No te dije mil veces que no tomaras ni antes ni durante el trabajo?” José estaba apenado y desvió la mirada ante el reclamo de don Damián. Sus manos aún es-

taban sudorosas. *Fue el méndigo calor, no fue el alcohol.* Pero su jefe no parecía entenderlo y ahora amenazaba con correrlo, apenas a unos pasos del camión de mudanzas. “Se me resbaló. No puede correrme por un error así, don Damián.” “No es por este error. Es por todas las veces que tus borracheras nos han hecho hacer malos trabajos.” Don Damián tenía la frente marcada por arrugas de furia. Pero José no se dio por vencido: “No puede hacerme esto. Tengo familia. Lo sabe”. Ni siquiera las disculpas sirvieron. O las promesas. “Le juro que no vuelve a pasar, se lo juro por ésta.” El jefe de cargadores había tenido suficiente. “Al menos deme mi parte.” Un suspiro acompañó a esa última petición. “Tu parte se la llevó el cliente para poder arreglar su mueble.” Don Damián subió al asiento del copiloto del camión. José continuaba esperando que el jefe de cargadores reconsiderara. “Espérate, Julián”, ordenó don Damián cuando el chofer ya encendía el camión y colocaba la palanca de velocidades listo para avanzar. El jefe de cargadores llevó la mano a la bolsa de su pantalón, donde había metido los billetes de la paga. Le dio una última mirada a José y sacó la mano por la ventanilla. Unos segundos después el camión se enfilaba entre los autos estacionados.

Tremenda bronca en el estadio

Un pseudoaficionado invade la cancha buscando el autógrafo del portero titular del equipo visitante. Un compañero del guarda-meta malinterpretó las intenciones del invasor y se le lanzó a golpes. Esto ocasionó que miembros del equipo rival en un intento por defender al intruso se vieran inmersos en una bronca de grandes proporciones en la que acabaron involucrados los propios directores técnicos. Se ha pedido un veto al estadio ya que...

El metro frenó bruscamente y eso ocasionó que José no pudiera continuar leyendo la noticia en el diario deportivo que uno de los pasajeros sostenía casi frente a su rostro. Eso hizo que su mente, que ya viajaba a otros sitios, se viera de pronto inmersa en el desagradable recuerdo en el que don Damián le decía “No quiero verte de nuevo” mientras le lanzaba un miserable billete de cincuenta pesos desde la cabina del camión de mudanzas. *Pinche viejo. Lo que es la ingratitud...*

Al salir de la estación del metro, José decidió ahorrarse el microbús y caminar las quince cuadras que lo separaban de su hogar. Tal vez quería postergar su llegada prematura a casa. O tal vez simplemente quería seguir meditando sobre qué

hacer ahora que no contaba con un trabajo. O, tal vez, simplemente sabía que si caminaba esa distancia en algún momento se encontraría con lo que realmente necesitaba: una cantina. Eso debía ser, si no cómo explicar que, como un reflejo animal, cada vez que tocaba el billete a través de la bolsa de la camisa, sentía que comenzaba a salivar mientras su mente se recreaba en el recuerdo de un buen vaso de ron.

El televisor muestra a un hombre de edad madura. Un subtítulo aparece con la leyenda "Lucio Valdés: Entrena perros para pelea". La imagen cambia y una conductora de cabellera roja, de unos cuarenta años y de rostro adornado por varias cirugías plásticas, lo increpa micrófono en mano. "¿Y usted se da cuenta de que lo que hace es monstruoso e inhumano?" "Bueno. Inhumano sí. Son perros." Un murmullo de indignación se escucha en el auditorio que presencia la entrevista al hombre. La entrevistadora arremetió furiosa: "Pero habrase visto tal cinismo. Usted, señor, le voy a decir lo que se merece. Usted se merece que lo desnuden y lo pongan a pelear en un *ring* con otro como usted hasta que se maten, para que vea lo que los pobres animalitos sienten". La audien-

cia aplaude y una toma de la cámara a Lucio Valdés lo muestra sonriendo...

El televisor es apagado.

Carmen creyó haber escuchado que alguien entraba por la puerta. *Pero quién puede ser... Pepe no vuelve sino hasta la noche...* Desde que se habían cambiado a esa colonia, Carmen había escuchado de muchas casas que habían sido robadas, pero por lo general los atracos habían ocurrido mientras los dueños no se encontraban en casa. “Diosito bendito.” Apenas se atrevió a murmurar cuando estuvo completamente segura de no haber alucinado. Alguien había entrado. Sólo se le ocurrió tomar lo primero que se encontró: la plancha que estaba por usar para comenzar con la tarea vespertina mientras veía la telenovela de las seis. Caminó con sigilo hasta el recibidor, mientras sus piernas le temblaban. “Pero qué susto me diste.” Se escuchó respirar a sí misma por primera vez, mientras emitía una risita nerviosa y discretamente dejaba de blandir la plancha que ya llevaba a la altura de su rostro, lista a propinarle un golpe al primer rostro desconocido con que se encontrara. A su esposo no se le escapó ese movimiento y preguntó confundido: “¿Y ahora a ti qué te pasa...?” Car-

men cambió el tema. “¿Qué haces tan temprano aquí? ¿Pues qué pasó?” José había consumido más de medio litro de charanda. Él hubiera preferido tomar tequila, pero hasta el tequila más corriente era demasiado costoso en Las Oficinas, la pequeña cantina que encontró. Lo único que deseaba era acostarse y que nadie lo importunara, pero en lugar de eso se encontraba con el desagradable recibimiento de una esposa amenazando con una plancha y un reclamo sobre su súbita aparición. “¿Qué no puede uno llegar temprano a su casa? Para eso es mi casa, para que pueda llegar a la hora que me dé la gana.” José se dirigió a la cocina, seguido de su esposa. Carmen apenas tardó un segundo en darse cuenta del estado etílico de su esposo. En eso había consistido el matrimonio para ella, en no necesitar oler la ropa de José para saber que ha estado con otra mujer, en no necesitar acercarse para saber que está borracho y en saber que lo peor que puede hacer es decir cualquier cosa que pueda malinterpretarse. José abrió la llave del fregadero y se frotó el rostro con las manos mojadas. Carmen decidió que lo mejor sería quedarse callada. Pero a veces ni el silencio la ayudaba. “¿Qué ibas a hacer con esa plancha? ¿Pensabas pegarme?”, re-

clamó José mientras se secaba la cara con el paño de los trastes. Carmen ya había dejado el objeto en la mesa con la mayor discreción de la que fue capaz. Otra vez intentó cambiar el tema. “¿Ya comiste? ¿Quieres que te prepare algo?” José se tuvo que recargar en una de las sillas del modesto antecomedor. “¿Creías que era un asaltante o qué?” Su esposa dio un discreto paso hacia atrás. “Pues es que nunca llegas a esta hora y pues Rafa y yo estamos solos y...” “¿Y se puede saber a qué hora sí puedo llegar a mi casa? ¿tengo que checar tarjeta o qué?” José estaba imposible. No era la primera vez que Carmen se enfrentaba a esa situación. Y siempre que su esposo comenzaba a gritar venía a su mente el recuerdo del olor a formol. Para ella era un aroma que significaba dolor y hospital. Y esta vez esa evocación tan odiada no se hizo esperar, introduciéndose como un fantasma en toda su médula espinal y causándole un profundo escalofrío. La última vez había tenido que decir a los doctores que se había caído de un banquito al poner un foco. *Por favor, que se calme.* La figura de José se tambaleaba. De pronto cerró los ojos y llevó los dedos de su mano derecha a sus sienes, como queriendo apaciguar un dolor súbito de cabeza.

“¿Hay cervezas?” El hombre se apoyó en la mesa de la cocina y de un impulso alcanzó el refrigerador, abriendo su puerta de un tirón seco que casi lo hace perder el equilibrio. “¿Por qué nunca hay cervezas en esta casa?” Carmen continuaba rígida como buscando convertirse en un mueble en el que nadie se fijara. “Te estoy hablando.” La mujer tuvo el impulso de acercarse a su esposo y ayudarlo a sentarse, para evitar que en su bamboleo cayera, pero se detuvo como quien prefiere no acariciar a un perro rabioso. “Te las acabaste el domingo, acuérdate.” Un azotón de la puerta hizo tambalearse y ronronear al mismo tiempo al refrigerador. “Nunca hay nada para mí. Nada. Me mato trabajando, lo único que pido es una cochina cerveza y no la encuentro. Pues ahora te vas por unas.” José tomó asiento. Nada le urgía más que un trago para acallar esas voces que le decían una y otra vez: *Pinche día. Pinche jodido día.* Carmen no sabía qué hacer, finalmente se animó a moverse hacia un sitio más seguro; ahí, junto al calentador, donde había permanecido, se sentía extrañamente en peligro. Poco a poco intentó acercarse a la puerta trasera. Y se atrevió a decir tímidamente: “No tengo dinero”. Las palabras encendieron algo inexplic-

cable en el interior de José. “¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no te doy suficiente?” Se levantó explosivamente. La silla danzó un instante para después caer a sus espaldas. “No. No”, se oyó suplicar, la mujer. Sus manos buscaban a sus espaldas, a través del fregadero, el mueble de los cubiertos y las estufa el camino que la llevaría hasta la puerta que conducía al pequeño patio y a su escape. Pero su esposo ya se acercaba con su puño amenazante. Y antes de que la mujer pudiera emitir un grito de súplica, justo antes de que José descargara su frustración en ese frágil cuerpo, una voz se interpuso: “¡¡No le vayas a pegar a mi mamá!!”.

*Veinte dragones se cocinaban en el caldero de la bruja.
Como veía que aún le cabían, fue a conseguirse a otro lagarto.*

*Veintiún dragones se cocinaban en el caldero de la bruja.
Como veía que aún le cabían, fue a conseguirse a otro lagarto.*

Veintidós dragones se cocinaban en el caldero de la bruja...

Rafael murmuró la canción una y otra vez para conciliar el sueño. Su voz se ahogaba a través de la almohada. Carmen le había enseñado la canción

de los elefantes para que la recitara y no escuchara los gritos de su padre cuando se emborrachaba y se ponía a gritar. “La música te puede proteger”, le dijo. Pero a Rafael no le gustaba la canción de los elefantes, así que decidió hacer su propia versión con dragones y brujas. Siempre la cantaba cuando no quería llorar, cuando no quería pensar en el dolor, cuando no quería pensar cómo vengarse de su padre. “Es tu padre, y si te pega es por tu bien”, fue otro consejo de su madre. *No sé cómo me atreví.* Aún se veía tomando la plancha y enfrentando a José. *¿Por qué lo hice?*, se preguntaba. Pero la respuesta la sabía bien. Se había arriesgado porque no quería que su padre otra vez golpeará a su madre y terminara en el hospital. No hubiera sido la primera vez. En esta ocasión su padre estaba tan borracho que Rafael creyó que no podría hacerles nada, por eso se atrevió a levantar en lo alto la plancha, en un movimiento que sólo quería ser una advertencia. Pero entonces se dio cuenta de que el hombre venía furioso como nunca. Tuvo que soltar el objeto de metal y se enconchó esperando los golpes. José lo tomó de la camisa y la jaló con fuerza. Rafael sintió como si su padre pretendiera con ese tirón, no sólo destrozarle la ropa, sino arrancarle la piel.

El hombre borracho después de decir algo parecido a: “¿Cómo te atreves a levantarle la mano a tu padre?”, lo hizo quitarse la camisa ya hecha jirones y con un movimiento que pretendía semejar al del cochero que asesta un latigazo en el lomo del caballo, descargó el extremo del cable de la plancha sobre la espalda de su hijo. Una. Dos. Tres. Cuatro veces. Sólo se detuvo cuando su esposa, ya sin importarle ese formol surgido de su imaginación que la había paralizado, se atrevió a sostenerle el brazo. El hombre trastabilló y estuvo a punto de caer. Por un segundo los rostros de Carmen y Rafael no bailaron ante sus ojos y le comunicaron el mismo mensaje de terror. Soltó el cordón de la plancha y al mismo tiempo el brazo del muchacho, y balbuceando apenas un “Ustedes no entienden nada”, se dirigió hasta la engullidora oscuridad de su cuarto, donde todavía golpeó el umbral de la puerta con sus hombros, como si se tratara de una pelota mal dirigida hacia una portería.

Por la mañana los golpes en la espalda aún le dolían a Rafael. No habían servido de mucho los ungüentos que su madre le había puesto. Después de limpiar y curar las heridas sangrantes, Carmen insistió en que se dejara las vendas que le había

puesto, pero el muchacho se sentía incómodo. Era cierto que los golpes le dolían, pero había algo más fuerte, algo que quería evitar a toda costa: la vergüenza. Jamás permitiría que se dieran cuenta en la escuela. Todavía su madre le susurró al oído al despedirlo con un fuerte abrazo y un beso: “Tu padre te quiere. Que esto no te confunda”. Pero Rafael ni siquiera se quería atrever a enfrentar su confusión. *¿Mi padre me quiere? ¿Cómo podía quererlo el mismo hombre que unos momentos antes de que se fuera a la escuela no lo despidió con un abrazo, un beso o una disculpa, sino con una amenaza: “Pobre de ti si le dices a alguien lo que pasó anoche...” y un reclamo: “No sé por qué tuviste que nacer... mi vida sería otra”?*

La victoria obtenida violentamente equivale a una derrota...

Mahatma Gandhi

La oración en el pizarrón llevaba ya una hora a la vista de todos los alumnos del grupo “E” de primero de secundaria. Los treinta alumnos estaban inclinados sobre sus pupitres y sus manos escribían afanosamente la tarea encargada por la maestra

de educación cívica: “Escriban en una hora una composición que esté basada en esta frase”. Todos los chicos trabajaban en algún texto inspirado en esa idea. Todos menos uno. Rafael garabateaba. Dibujaba remolinos y una única frase. Una frase que resonaba en su cabeza. *Papá me quiere. Papá me quiere...* y una vez escrita, un nuevo rayón de tinta la borroneaba, como si fuera un tornado que destrozara una endeble cabaña. La maestra Julia pidió que todos dejaran de escribir. “Ya fue suficiente. Ahora quiero que un voluntario por favor lea su composición.” Varias manos se levantaron. Pero el elegido fue un tímido niño que se encontraba en la primera butaca. “¿No quieres leer tú, Arturo?” *¿Por qué yo?*, se atrevió a pensar el estudiante sin levantar el rostro. No es que no hubiera terminado su trabajo o que le apenara leer en público, lo que lo incomodaba era que la maestra lo expusiera ante sus compañeros. Le molestaba tener la fama del niño aplicado y *nerd*. Por eso no había levantado la mano. Pero no importaba cuánto buscara no destacar, siempre lo escogían los maestros para leer o pasar al pizarrón. Tal vez era porque nunca se equivocaba y eso les agradaba a los profesores, pues les hacía sentir que sus métodos y enseñanzas estaban

funcionando. Fuera la razón que fuere, eso sólo le había ocasionado a Arturo ser el alumno más impopular del grupo. Ya era suficiente para él no tener amigos con quienes platicar en el recreo como para que encima de todo lo odiaran en pleno salón de clases. Pero, como en muchas otras ocasiones, esta vez estaba atrapado. “Si usted quiere, maestra.”

Luisa estaba petrificada. Sus ojos estaban fijos en esa terrible imagen. Su figura se unía a la terrible inmovilidad de ese cuerpo tendido, formando una extraña fotografía de desconsuelo. Él estaba muerto. Eso era claro para ella. Nadie soportaría esos horrores, pensaba. Yo al menos no habría aguantado. Entonces recordó con remordimiento la tortura. Recordó a los dos hombres que lo colgaron atándole una cuerda al cuerpo, mientras él no forcejeaba ni decía nada. Recordó que fueron varios los que lo apaleaban riendo, y él seguía sin decir nada. Recordó cómo miraba aquello aterrorizada y cómo callaba con cobardía. Y mientras la multitud le hacía reventar a golpes por dentro y por fuera, mientras todos lo desmembraban con salvajismo, recordó claramente que él ahí colgado continuaba sin decir nada. A Luisa le incomodaba pensar que tal vez ella sí pudo haber evitado aquello. Él nunca habló, porque tal vez no podía, pero, ¿y si ella hubiera dicho algo? ¿Lo habría podido salvar?

Rafael no apartaba la mirada de su cuaderno. Sus rayones eran cada vez más furiosos.

Era ya el atardecer y no había nadie en la calle, sólo Luisa, que seguía contemplando ese cuerpo ultrajado y humillado. Los brazos desprendidos estaban olvidados a varios metros. La cabeza aplastada apenas mostraba el irreconocible rostro. Y a ella le pareció que él aún sonreía. Pero no se extrañó. Él siempre lo había hecho. Entonces aquella sonrisa y aquel silencio hicieron que Luisa se sintiera obligada a pedirle perdón. Perdón por ser cobarde y por lo primitivo que era el mundo. Se le ocurrió darle un beso, pero en eso un hombre se acercó y recogió todos los despojos. Luisa quedó completamente quieta salvo por una lágrima que mojó su rostro. El hombre la miró y le dijo: "¿Por qué lloras? ¿Acaso no te divertiste?" Ella no respondió. El hombre, buscando no provocar más llanto se marchó, llevándose la destrozada piñata al camión de la basura. La pequeña Luisa se quedó mirando la cabeza del enorme Bob Esponja entre los desperdicios que se alejaban. Y se le figuró que si no hubiera tenido pintada esa sonrisa, quizás, hasta esa piñata hubiera dicho algo cuando la apaleaban.

Todo lo que se escuchó en el salón fue el breve sonido del cuaderno de Arturo que era cerrado y el

movimiento del muchacho al sentarse. La maestra Julia no pudo ocultar su entusiasmo. “Qué tremendo cuento, Arturo. ¿No están de acuerdo, niños?” Un desganado “Sí, maestra” escapó de las gargantas de los veintinueve alumnos del grupo. Arturo se acomodó en su asiento apenado, buscando de algún modo ser menos visible. “Me parece que el cuento de Arturo es una metáfora sobre el mundo violento en que vivimos”, insistió la maestra que ya caminaba por entre las butacas buscando que la atención de su grupo no decayera. “¿Quién me puede dar su opinión?” La mirada de la profesora Julia buscó otra mirada en alguno de los estudiantes, pero no encontró sino rostros evasivos, así que decidió escoger uno al azar. O eso pensó que hacía, pero en realidad se decidió a seleccionar al único alumno que parecía tener su mente en otro lado. “Dime, Rafael, ¿qué piensas que quiso decir Arturo con su cuento?” Sin levantar la cabeza, el chico no pudo evitar decir lo primero que se le ocurrió: “Que ve muchas caricaturas para niñitos”. Todo el grupo celebró el comentario con una fuerte carcajada que inútilmente la profesora intentó sofocar. El castigo sobre Rafael no se hizo esperar, y amenazaba con ser más duro cuando la

pedagoga se dio cuenta de que el muchacho no había hecho el trabajo asignado, sino que se había dedicado a pintarrapear su cuaderno con dibujos y mensajes incomprensibles. La maestra Julia estuvo tentada a pedirle a Rafael que se fuera al rincón y que ahí permaneciera de pie mientras cargaba dos pesados libros, cada uno colocado sobre sus palmas extendidas, tal y como le habían hecho a ella cuando era pequeña, pero eso hubiera significado que el sistema educativo no había sido capaz de evolucionar y que los castigos físicos y la violencia eran algo tolerado en las aulas. Así que simplemente le pidió que saliera y fuera a la oficina del director, más tarde ella misma le alcanzaría. Cuando Rafael se puso de pie no perdió la oportunidad de pasar justo a un lado de Arturo y aprovechando la distracción momentánea de la profesora que aún intentaba descifrar los extraños textos de su alumno (*¿Mi vida sería otra? ¿Eso dice?*), éste dio un fuerte zape al alumno estrella. Arturo apenas pudo evitar quejarse. La risa generalizada otra vez llenó el salón de clases. “¿Qué pasa? ¿Ahora qué les pasa?”, gritó indignada la maestra, segura de que algo había ocurrido a sus espaldas. Algo de lo que seguramente nunca se enteraría. “¿Te hizo

algo, Arturo?” La frase perfecta para que todos los estudiantes, ahora sí, guardaran un cómplice mutismo. Todos se preguntaban si el alumno consentido se atrevería a denunciar a su compañero. *Atrévete a hablar. A ver qué dices, pendejo. Como digas algo y ya verás*, eran los pensamientos que bailaban en todas esas mentes adolescentes. “No, maestra. No me hizo nada”, habló por fin el muchacho agredido. La profesora alcanzó a escuchar, en el tono, el esfuerzo desesperado de Arturo por ocultar la verdad. Eso la enfureció. “Esto es demasiado.” Tomó a Rafael del brazo y salió con él del salón. Esa era la peor cosa que podía ocurrir a Arturo: quedarse solo ante la mirada acusadora de sus veintiocho compañeros. Se escuchó rogar en su cabeza. *Por favor, maestra. No se vaya. No se vaya.* Sintió un fuerte dolor en el estómago cuando la puerta se cerró. “Eres un rajón.” “Pinche enano.” “Pinche Artu.” “Pinche robotito.” “Regrésate a la Guerra de la Galaxias.” Él no acertó a hacer otra cosa que enconcharse y sumirse en su cuaderno. Por un momento estuvo seguro de que vomitaría. Dos de los mejores amigos de Rafael se acercaron, a uno lo llamaban El Burbuja (por su redonda anatomía) y al otro El Pitbul (por su fama

de peleonero). “Eres un pinche soplón, Erredós.” “Pero si yo no dije nada.” “Ya nos tienes cansados a todos.” “Se los juro que no quise que castigaran a Rafa.” Nuevas risas se hicieron escuchar. “Oigan a la niñita: Rafa Rafa”, lo imitó el chico obeso. El resto de los alumnos empezó a entonar un coro siniestro. “Pégale, Burbuja.” “Dale un mardrazo.” El gordo muchacho sintió en la sangre una agradable omnipotencia. “Échenme aguas”, gritó. No faltó quien se hubiera apostado previamente a la puerta cuidando el retorno de la maestra Julia. El Burbuja tomó a Arturo del suéter y lo hizo levantarse. “Pártele su madre”, gritó una chica a la que apodaban La Yaxis. Pero justo cuando parecía que el puño del obeso agresor se descargaría sobre Arturo, El Pitbul se interpuso. “Espérate. A éste lo agarraremos entre todos.” Arturo imaginó en un segundo –no necesitó más– lo que estaba sugiriendo el muchacho de las mil peleas. No soportó el malestar. Y ahí mismo vació su estómago en una descarga de flemas y un desayuno aún no digerido del todo. Los dos alborotadores se apartaron de inmediato asqueados. Todo el salón gritó en un generalizado “Qué asco”, “Guácala”. Arturo aprovechó para salir corriendo del salón.

Una pata. Dos patas... Rafael arrancaba uno a uno los miembros del desafortunado insecto. *Dos dragones se cocinaban en el caldero de la bruja.* Tres patas. *Tres dragones.* Cuatro patas. Finalmente se levanto fastidiado y pisó al grillo que había capturado en el patio de la escuela. *Cómo me gustaría hacerle lo mismo al pesado de...* Los pensamientos se confundían con el dolor que aún sentía en la espalda y se lamentaba de no haberle contado todo al director. Cómo le hubiera gustado gritarle: “Déjenme en paz, ¿qué no ven que mi padre me golpea?, ¿qué no ven que los golpes no me dejan pensar bien?”. Se había quedado callado ante el interrogatorio del director; después de las acusaciones de la maestra Julia, sólo una frase había salido de su boca: “No sé por qué lo hice”. Su negativa al diálogo obligó al director a imponerle un castigo y una suspensión de dos días. Rafael tuvo que pasar el resto del día escolar ayudando al conserje a recoger la basura en el patio de recreo. El calor era asfixiante. Recogió una botella de agua en la que todavía bailaba un poco de líquido. Ni siquiera lo pensó. La destapó y vació su contenido. Una pequeña ayuda para aplacar el bochorno. En eso, El Pitbul apareció corriendo clandestina-

mente por el patio. Y llegando de improviso a la espalda de su amigo, le dio un golpe en el hombro. Rafael casi se atraganta con el agua. Tosió ante la sorpresa. “¿Qué te pasa?”, preguntó El Pitbul. “No mames, qué susto me pusiste”, apenas respondió Rafael. El Pitbul peló los dientes. “Patotas, ya sabemos qué hacer con el enano.” Rafael se limpió las comisuras salpicadas de perlas líquidas y esperó las palabras de su compañero.

Arturo había pedido permiso para salir de la escuela cuanto antes. La maestra Julia lo tranquilizó. Era mejor que permanecieran ahí un rato hasta que vinieran por él y todos los alumnos se hubieran retirado ya a sus casas. Pero el muchacho no estaba seguro de que su madre iría ese día a la escuela. Era el día en que ella salía del trabajo hasta más tarde. “¿Por qué vomitaste, Arturo?”, preguntó la profesora. Él se limitó a girar la cabeza, ocultándole el rostro. *¿Le digo o no le digo? Si le digo me van a odiar más. Si no le digo, me van a hacer algo horrible.* “¿Qué te dijeron cuando me ausenté?” Arturo respiró y volvió la cabeza. “Creo que me hizo daño el sándwich. Nada más.” Los ojos de la maestra intentaban cavar en algún lugar dentro de los propios ojos de Arturo. “Si

alguien te hizo algo podemos suspenderlo igual que a Rafael.” Pero el silencio se instaló en el pequeño salón de maestros. Una corriente de viento agitó las persianas verticales de la ventana abierta haciéndolas golpearse unas a otras y emitir una especie de escandaloso aplauso. La profesora se levantó para terminar con ese molesto ruido. Afuera se veía el patio escolar. El blanco piso brillaba con el sol de la tarde como un espejo cegador. Como hipnotizada, la maestra se vio perdida en un anhelo todos los días acariciado: *Cómo me gustaría estar en una playa solitaria*. Una voz a su espalda la sorprendió. “Tenemos una pistola plateada en la casa...” Las palabras “pistola plateada” en sus oídos se confundieron con las palabras *playa solitaria* en su cabeza, y la paz y el mar se esfumaron de su mente como barridos por un remolino de polvo. “Nos la dejó mi papá. A mi mamá no le gusta, pero yo creo que está bien.” La profesora dejó el cordón de las persianas. “¿Qué dices? ¿Tu papá les dejó qué?” Se avergonzó por haber estado perdida entre una ola espumosa y una brisa marina, mientras su alumno, le decía... aparentemente algo importante. *¿Qué me habrá dicho?* Pero Arturo de pronto tenía una expresión

diferente. Se veía más seguro, como si un fuerte malestar estomacal hubiera terminado de aquejarlo. “Ya me siento mejor.”

La calle estaba casi desierta. Sólo un grupo de niñas seguía a la sombra de un árbol esperando la llegada de sus padres. El palettero comenzaba a empujar su carrito lejos de la escuela. Era ese tipo de silencio que asusta más que una multitud enloquecida. Algo le decía a la maestra Julia que no debía dejar ir solo a Arturo. Se lamentó por no tener auto, por no tener tiempo, por tener que ir a su segundo empleo en el centro comercial, pero finalmente dio un profundo respiro y decidió confiar en esa soledad y esa calma. Y por alguna razón volvió a pensar en esa playa solitaria y en lo lejana que estaba de ella. “Vete directo a tu casa, Arturo”, le aconsejó por última vez.

Arturo corrió hasta la parada del microbús. No era una gran distancia. Él también decidió confiar en la tranquilidad, en el viento que arrastra hojas y papeles, y en los paletteros que se alejan. Todo parecía en calma, y con cada paso la seguridad le tranquilizaba el golpeteo de su corazón. Pero al doblar la esquina no reparó en la amenaza potencial oculta por una larga barda de concreto:

el terreno baldío donde los estudiantes organizaban peleas y partidos de futbol y que estaba casi totalmente oculto a los ojos de los transeúntes, de no ser porque los bloques de cemento alineados que rodeaban el terreno de pronto eran interrumpidos por un hueco, un hueco que los estudiantes se habían encargado de cubrir con una tabla que funcionaba de puerta improvisada. Arturo nunca había entrado al lote, sabía de su existencia, pero no sabía qué se encontraba detrás de esa barda, así que ni siquiera se preocupó en tomar la precaución de alejarse. Por eso, cuando una mano apareció de ese hueco y lo tomó de su camisa, no pudo evitar sentir un sobresalto. En un instante se vio empujado dentro de un valle de basura y tierra seca. Y de entre los recovecos comenzaron a surgir, como sombras, uniformes de secundaria. Al principio así los vio, como uniformes portados por personajes sin nombre, pero para su absoluta intranquilidad pronto esos uniformes fueron habitados por muchachos con rostros amenazantes. Ahí estaban todos, parecía no faltar ninguno; todos sus compañeros del grupo "E". Y no sólo estaban ellos. Había muchos más. Estaban los del grupo "B" y algunos del grupo "D". El chico que

lo había metido de un jalón a esa pequeña arena de toros puso de inmediato el tablón de madera en el hueco, bloqueando todo intento de salida o entrada. Cuando Arturo quiso volver sobre sus pasos, se encontró con el fuerte empujón del Pitbul que lo hizo caer directo sobre un montículo de tierra. Eso rompió el mutismo tan severamente guardado por los más de cincuenta estudiantes que comenzaron a cerrar el círculo que recién habían formado. Entonces Arturo miró a quien parecía ser el que lideraba a todo ese grupo. “¿Qué piensas de jugar a la piñata, enano?” Arturo no pudo sino hacer un gesto de incompreensión. *No puede estar hablando en serio.* Y las voces de todos, niñas y niños, comenzaron a llenar el lugar. “A quebrar la piñata.” “Yo voy primero.” “A darle en su madre.” Arturo no pudo ni siquiera empezar a forcejear; cuando intentó hacerlo, cuatro estudiantes ya le habían amarrado las piernas y los brazos con sus cinturones. También le habían metido un pañuelo sucio en la boca, con una advertencia: “Pobre de ti si lo escupes, Erredós”. Hasta ese momento, Arturo no había visto el árbol que estaba en una de las esquinas del terreno ni la cuerda que colgaba de una de sus ramas. La imagen se aproximó

amenazante cuando lo comenzaron a llevar cargando hasta allá. Las voces de las muchachas eran ya un canto perverso. “No quiero pomo ni quiero mota, yo lo que quiero es romper la piñata.” En el momento en que sintió la cuerda amarrada a su cintura y el primer tirón que lo hizo ponerse de pie, escupió el pañuelo y sintió un torrente de orina escapar de su cuerpo mientras le manchaba los pantalones. La risa general no se hizo esperar. Las burlas ya le parecían los rugidos histéricos de un grupo de hienas hambrientas. Y en un instante vio claramente la multitud de teléfonos celulares filmándolo y tomando fotos. Fue en ese momento cuando realmente se escapó su primer ruego. “No por favor. No.” Sus pies se levantaron del suelo y un miedo incontrolable que lo hizo tener un estremecimiento en todos sus músculos lo invadió. “Empiecen a formarse para romper la piñata”, gritó animadamente Rafael. Pero de pronto, el grito de una niña surgió por encima de todos los murmullos y risas: “La maestra Julia”, y luego otros chillidos y alaridos. “No manchen.” “Corran.” Arturo sintió tocar el suelo y sin poder evitarlo cayó con todo su cuerpo sobre la tierra, levantando una ligera nube de polvo. En menos de un

minuto todos los agresores y los espectadores ya habían abandonado el lote; algunos trepando la barda y otros apretujándose en la estrecha entrada al lote. Una voz adulta intentó incomodar esa fuga grupal. “Ya sé quiénes son todos. Mañana verán.”

Un manto negro de calma cubrió a Arturo mientras intentaba incorporarse inútilmente, resuelto a salir huyendo de ahí. “Se lo dije, maestra, le dije que iban a hacer algo.” El timbre de esa voz lo hizo detener su forcejeo. La profesora se acercó a auxiliar a Arturo. “Todos van a ver lo que les espera mañana.” El muchacho levantó la mirada para reconocer la voz de la niña que venía con la profesora, mientras ésta le desataba. “¿Estás bien?” Era Mariana, la niña de primero “D”, la única niña que se había acercado a platicar con él desde que había entrado en esa secundaria. Ahí estaba frente a él con su cabello recogido en una cola de caballo y sus grandes ojos oscuros. Y él con los pantalones empapados de orina y con las lágrimas en todo su rostro. El muchacho, apenas se sintió libre, salió corriendo como si hubiera querido alcanzar a todos sus verdugos. “Espérate, Arturo.” “No estás bien.” Mariana no pudo evitarlo y soltó una lágrima que se apresuró a limpiar con la manga de su suéter.

La maestra Julia la abrazó tomándola del hombro. “No sé qué hubiera pasado si no me alcanzas a avisar.” “¿Usted cree que Arturo esté bien?” La profesora miró al hueco de la barda. Una ráfaga entraba al lote trayendo consigo hojas y tierra suelta. “Por el momento hay que dejarlo solo. Ya hablaré con su mamá.” Las dos mujeres se cubrieron del ataque del viento, que se conformó con agitar las hojas del árbol y la cuerda de la que hacía unos minutos había colgado un chico de trece años.

“Se recrudece la ola de violencia en el país. Más de 30 ejecuciones...” Arturo tecleó una dirección web, que hizo desaparecer la imagen de la primera plana del periódico que su madre tenía como página de bienvenida en la computadora. Antes de que se abriera el sitio solicitado, las imágenes de pesadilla se acumularon en la mente de Arturo. Imágenes que se vieron hechas realidad en el monitor. No habían tardado nada en subirlas. Todos los comentarios lo hacían evidente. Era él sin duda. Ya no eran sólo cincuenta testigos, ahora todos los niños de todas las escuelas del país podrían verlo llorar y mojar sus pantalones.

El objetivo de la página www.laescuelitachismografa.net era supuestamente mostrar todos los

chismes escolares, pero en realidad todos la usaban para subir videos de peleas, para insultar a sus compañeros y para humillar a quien se pudiera a través de fotos trucadas.

Arturo apenas se atrevió a leer unos cuantos comentarios.

- Por ratasabia: Ese wey sí que es un pendejo.
Por Kuki: No mamen. No pudieron colgar la piñata :(
Por Pinnki: Felicidades pendejos :P
Por Luis13: Mañana es la revancha
Por Kuki: El pendejo ese se debía matar :D
Por ratasabia: Con picahielos
Por chetos: Con un trago de destapacaños
Por Kuki: Con una ak47!
Por chetos: Con tu madre XD
Por rufo14: Están bien pinches enfermos todos.
Saludos
Por Pit: Nos vemos en el kiosko Patotas?
Por Patas: Hoy no puedo
Por Pit: Nos vemos a las diez a mi también me suspendieron
Por Patas: A las diez en la fuente
Por Kuki: Se van a dar de besos? jajaja

Con decisión Arturo oprimió el botón. La imagen se volvió un rectángulo oscuro. Se quedó unos

instantes sumido en la silla del escritorio, todavía sin poder creer lo que había visto. Ahora sí estaba seguro. No podría jamás regresar a esa escuela. *¿Por qué escribí ese cuento?* Por un momento temió contestarse. Temía tal vez reconocer que así se sentía desde que comenzaron los cursos, a punto de ser molido a palos y que, como una piñata de Bob Esponja, no haría nada por evitarlo. Muy en el fondo no se atrevía a reconocer que sentía que se merecía ese trato y que sabía que todo era cuestión de tiempo para que ocurriera. El baño caliente no lo hizo sentir mejor, ni la nota de su madre. Ni siquiera se atrevió a prepararse algo de comer. No tenía hambre, no tenía sueño y encima tenía una horrible sensación en el pecho, como si un toro se lo estuviera pisando. *No puedo regresar. No puedo...* Recordó a su maestra. “Tú puedes ser un gran escritor”, le había dicho en la sala de maestros hacía apenas unas horas. Recordó el rostro de Mariana inclinado y mirando sus pantalones mojados. *No puedo regresar.* Y de pronto recordó los comentarios en la página de los chismes escolares. Y varias palabras. *Destapacaños, Ak47, picahielos. Yo me mataría...* *Destapacaños, Ak47, picahielos*, lo fueron agobiando al grado de tener otra vez náu-

seas y sentir la necesidad de vaciar todo su interior. Las arcadas sólo le ocasionaron un terrible dolor de garganta. Un hilo de bilis fue todo lo que cayó en el retrete.

Arturo abrió el tercer cajón. Al fondo encontró el lujoso estuche. Lo acarició. Era como tocar un árbol de piel tersa. Quitó el seguro de la caja. Ya había tenido antes ese encuentro. Algo le atraía de ese objeto. Tenía algo magnético. Su padre lo había dejado antes de abandonarlos para siempre. Y aunque a su madre no le gustaba, por alguna razón no se había deshecho de esa herencia. Qué pensaría su madre si supiera que de vez en cuando su hijo, el niño modelo, el que sólo traía dieces en su boleta de calificaciones, abría el tercer cajón del tocador para sacar esa pistola plateada tan sólo para contemplarla y acariciarla por varios minutos. Una pistola a la que incluso le había dado nombre. Celina. Y voz. Una voz amable. “Las cosas no son malas, es la gente la que las hace malas.” Eso le habían dicho en su lección de catecismo. Eso le había dicho su madre. Eso decía la voz de Celina. Pero en ese momento sólo un pensamiento resonó en su cabeza. *A Rafael le dicen El Patotas...* y, por primera vez en varias horas, sonrió. Y esa noche

usó esa misma sonrisa para engañar a su madre. Para no decir nada. Para pretender que todo estaba bien. “Me dejó un mensaje en el trabajo tu maestra. ¿Sabes qué quiere?” Arturo volvió a usar el gesto feliz. “Debe ser por lo de la excursión al museo.” La señora Godínez partió un pedazo de pan y con un tono que revelaba su desconfianza, le dijo a su hijo: “No creo. Me dijo que era importante.” Un aire frío se coló por la rendija de la puerta y se instaló en la mesa de la cocina. “¿De veras todo está bien, hijo?” “Sí, mamá. ¿Por qué iba a estar mal?” La cena continuó acompañada por la música de la radio. “¿Y qué vas a hacer?”, se atrevió a preguntar el muchacho. En la radio sonaban los últimos acordes de *Somebody to love* de Queen. “Si dices que no es importante, puedo ir a la escuela después de clases.” La señora Godínez comenzó a recoger la mesa. Arturo se puso de pie. “Ya tengo sueño.” “¿En serio no vas a comer más? Mira que no comiste nada en la tarde.” Pero el muchacho negó con la cabeza y después de tomar el resto de su leche en un solo trago y dar un beso a su madre, se dirigió a su cuarto.

Esa noche se acuesta con una sonrisa, y un plan en su mente. *Mañana no voy a la escuela. Mañana.*

El Patotas. Mañana. Duerme con Celina debajo de su almohada y se imagina que ella también duerme y sueña, como él, con el día por venir.

El Patotas lanza una piedra en la fuente. Las ondas son destruidas en la orilla y en el vaso surtidor del centro. Un olor peculiar a agua estancada combinada con algo vivo, algo orgánico –tal vez esas cosas verdes que manchan las paredes y el fondo–, llega hasta Rafael, justo cuando lo sorprende el saludo del Pitbul, un saludo en forma de puño sobre su espalda. “Qué pedo, Patotas.” Se aparta de la fuente y le responde el saludo a su amigo. Entonces mira sorprendido a dos niños que lo observan. “¿Y estos monos?” “Son mis pinches vecinos. Éste es el Mario y su hermano el Memo.” “¿También se fueron de pinta?” preguntó El Patotas. El Pitbul sonrío. “Estuvo bien cabrón lo de ayer, ya les conté, por eso vinieron, porque querían conocerte.” Rafael no puede evitar hacer un gesto de incredulidad. *¿Quieren conocerme?* Lo que había hecho no le había sino traído problemas; aún no estaba seguro de que no lo expulsarían definitivamente después del incidente del terreno baldío y, lo que era peor, no sabía lo que le pasaría cuando su padre se enterara. Pero en ese momento

parecía ser famoso, dos niños querían conocerlo. Mario, el que parecía más joven, se atreve a preguntar. “¿Nos cuentas cómo estuvo?” Rafael ya no se siente El Patotas, sino algo más importante. Un líder. Un héroe de videojuego. Algo que nunca nadie le había hecho sentir. Ni siquiera sus padres. Avienta una última piedra a la fuente y dice casi magnánimo. “¿No se les antoja un chicharrón? Yo invito. El mono de los chicharrones es mi cuate.” Mario y Memo se miran como dos cómplices y sin decir palabra comparten un pensamiento: *Qué buena idea fue no ir a la escuela.*

Arturo lleva unos minutos observando a unos metros del kiosco. Oculto detrás de un árbol. Bajo su chamarra acaricia el metal del arma, como si acariciara una pequeña mascota, un pájaro herido o un hámster inquieto. Está por acercarse a Rafael que avienta piedras al interior de la fuente, cuando llega El Pitbul junto con otros dos. No los conoce. Parecen niños de primaria. Duda. *¿Qué hacen aquí?* Pero el corazón se le acelera y siente que el arma quiere escapar de su escondite como si se tratara de un perro rabioso dispuesto a atacar. Casi se oye decir: “Calma, Celina, calma.” Y en ese momento sabe que tiene que hacerlo. No im-

porta que haya otros. Avanza hasta ellos. Ya han comenzado a caminar lejos de la fuente. Y de la cabeza de Arturo surge una extraña voz y no sabe si es él creando una historia o de verdad Celina está hablando para tranquilizarlos a él y a las balas, sus queridas hijas.

Recuerden pequeñas... nada mejor que la dulzura. Debe ser como una caricia, que apenas haya dolor. Busquen los puntos vitales que ya les enseñé... Sí... tienen razón, el corazón... pero en esta ocasión el cerebro debe ser. Sí, ya sé que matar no es bueno, pero ese muchacho, si lo recuerdan, ha golpeado a muchas personas... claro que no sabemos por qué, tal vez en su casa no lo quieren... pero eso no importa. Ahora tenemos que ayudar a Arturo. Para eso existimos, para cuidar a las personas, y él nos necesita ahora... Tenemos que ayudarlo. Sientan cómo late su corazón... pobrecito, tiene miedo. Sí, tienen razón, tal vez debería pedir ayuda a su familia. Tal vez debió decirle todo a su mamá, pero no lo hizo... tal vez lo haga más tarde. No sé... Cuando corría hasta aquí mientras se agitaba su chaqueta pude ver al tal Rafael, está con otros tres, pero no se apuren, sólo irá por él y su amigo que también es muy malo. Yo soy vieja y sé lo que va a pasar... Será mejor que se tranquilicen. Escuchen el sonido del

parque. ¿Oyen los pájaros? ¿Y las voces de las personas?... Sí. Ya sé. Esto no le va a gustar a la mamá de Arturo... Pero, ¿saben? él ya está cansado de sufrir.

Arturo saca la pistola. Nadie lo mira. Rafael, El Pitbul y los dos niños están de espaldas. Se encuentra a unos veinte metros de ellos. El chicharronero echa salsa a un gran rectángulo de masa frita.

Me ha tomado ya. Parece que serás tú... No llores. Sé que no quieres hacerlo, pero para eso estamos... ahora, lo que sí puedes hacer cuando él dispare es buscar... exacto: el cerebro. Tienes sólo unas millonésimas de segundo... quiero decir, que tienes muy poco tiempo y tienes que hacerlo muy rápido... gira todo lo posible, revuelve sus recuerdos, pasea por sus pensamientos, llévatelos y, después, sal por su cabeza. Haz que salga toda su conciencia, toma de la mano su vida y haz que atraviese contigo el cielo, justo hasta donde están volando esos pájaros que escuchas.

Arturo apunta. Apunta directo a la cabeza del Patotas que toma un chicharrón bañado en limón.

Está sudando más, ¿lo sienten?... ¿estás lista?... Se lo dije. Ahí está Rafael. Justo frente a nosotros.

Arturo no va a dejar que lo molesten nunca más... Ya puso el dedo en el gatillo... Ya estoy en la dirección... ¿Lista, hija?... Recuérdalo: como una caricia... Pero, qué pasa, Arturo, por qué no lo haces... Estás temblando. Está temblando mucho...

En lo que parece un intento de ajuste de cuentas entre bandas rivales, un tirador fracasó en su tentativa de ultimar a elementos de una supuesta banda rival e hirió a dos menores para después darse a la fuga. Uno de los niños, alcanzado por los proyectiles, murió en el lugar de los hechos, mientras que el otro fue llevado a un hospital cercano, donde se debate entre la vida y la muerte; su estado se reporta como grave. Los hechos ocurrieron en un parque de una colonia del oriente de la ciudad, donde los niños de apenas nueve y diez años compraban un chicharrón a un vendedor ambulante. Es un lamentable incidente que viene a empañar...

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN DE LOS LECTORES

1. ¿Qué sucede cuando resuelves los conflictos con acciones más violentas?
2. ¿Qué se sentirá estar en el lugar de Arturo, cuando recibe tanta violencia por parte de los estudiantes?
3. ¿Cómo reaccionarías si te sucediera algo parecido a lo vivido por Arturo?
4. ¿Crees que si tú evitas la violencia para relacionarte con los demás, los demás la evitarían para relacionarse contigo?
5. Si tú eres agredido o violentado en tu entorno (familia, amigos o compañeros de la escuela), ¿reaccionar con actitudes violentas hacia los demás te ayudaría a sentirte mejor o a resolver tus conflictos?
6. ¿Qué crees que podrías hacer para fomentar una cultura de la paz y democrática en tu entorno?

Puerquitos morados, Historia de lo que fue, Ojo por ojo, Un día de furia terminó de imprimirse en el mes de octubre de 2011 en Imprenta Juventud, S. A. de C. V., Antonio Valeriano 305-A, colonia Liberación, delegación Azcapotzalco, c. p. 02910, México, D. F. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. El tiraje fue de 1 000 ejemplares impresos en papel bond ahuesado de 75 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. Se utilizaron las fuentes tipográficas Arial, Consolas, Frutiger, Goudy y Times New Roman.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 30 de mayo de 2012.



Instituto Electoral del Distrito Federal